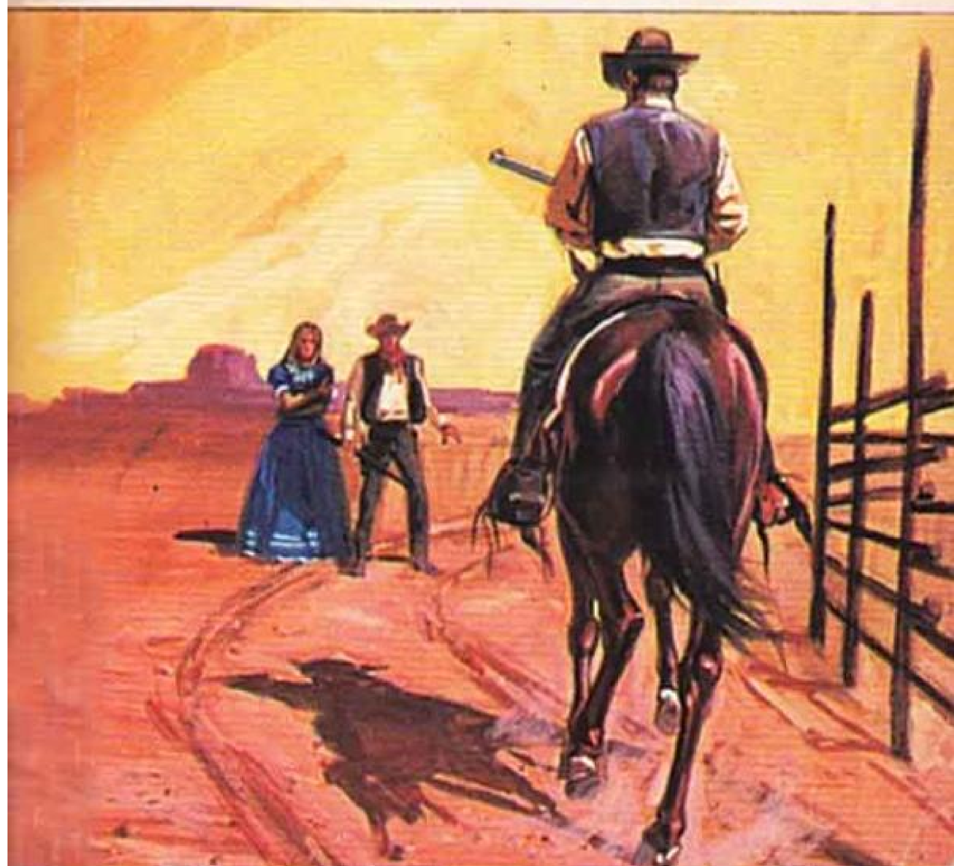
BOLSILIBROS BRUGUERA

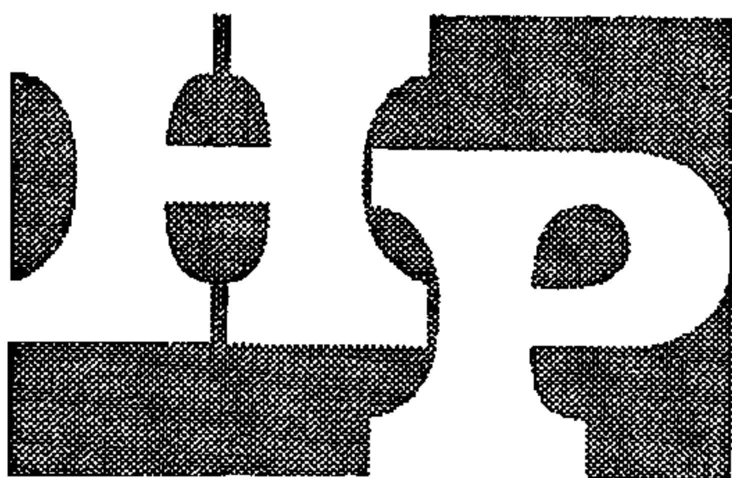
OESTE

SERIE HEROES DE LA PRADERA

# Keith Luger

# LA MUJER DEL FUGITIVO







# Héroes de la PRADERA



# Keith Luger

## LA MUJER DEL FUJITIVO

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 248
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

*ISBN 84-02-02524-2*

*Déposito Legal B 31153-1974*

*Impreso en España - Printd in Spain*

*2.ª edición: septiembre, 1974*





Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

## CAPÍTULO PRIMERO

Ben White, comisario de Lake Spring, oyó que se abría la puerta de su oficina y alzó los ojos.

—¡Clem Forester! —exclamó al ver a su visitante.

Clem Forester frisaba en los treinta y cinco años de edad y era alto, moreno, de facciones enérgicas.

Ben White era unos diez años mayor que Clem y tenía el cabello y bigote blancos.

—Muchacho, ¿por qué no avisaste que llegabas…? —dijo mientras abrazaba a Forester.

—Quise darte una sorpresa.

—Déjame que te vea… Caramba, sigues lo mismo. Cinco años no te han hecho cambiar.

—A ti tampoco Ben.

—No digas eso. Mi lumbago que me ha hecho polvo. Un día de éstos me voy a retirar, sí señor, lo haré. En cuanto mi ayudante Frank Spackman se ponga al corriente.

—Yo ya lo hice.

—¿Qué?

—Me retiré, Ben.

White parpadeó incrédulo.

—¿Quieres decir que ya no trabajas para la Pinckerton?

—Mandé al viejo coronel al diablo. Tuve ganas de hacerlo durante los últimos años, pero siempre él me convenció para no hacerlo. Ahora se acabó.

—¿Cuántas veces habrás dicho lo mismo?

Forester se pasó un dedo por debajo de la nariz y sonrió.

—Sí, Ben, tienes razón. Lo dije muchas veces y no lo cumplí, pero ahora fue definitivo. Mi contrato expiró y no quise renovarlo.

Estoy totalmente desligado de la Pinckerton.

—¿Y qué vas a hacer?

—Me voy al Oeste.

—¿California?

—Sí.

—No sé qué os pasa. Todo el mundo quiere ir a California.

—Dicen que es la nueva tierra de promisión.

—Nunca he creído en esas paparruchadas. No hay mejor tierra que la que uno pisa, donde uno vive.

—No tuve tiempo de darme cuenta de eso. Siempre anduve de un lado para otro.

—Sí, eso es cierto. Demonios, no lo había pensado. ¿Dónde has vivido tú? Podías decir como el profeta: «Mi hogar es el mundo».

—No te pongas melodramático, Ben.

El comisario de Lake Spring lanzó una carcajada.

—¿Cuánto tiempo estarás aquí, Forester?

—Sólo pasaré la noche.

—Eso sí que no lo consiento. Quiero que te quedes unos días. Recuerda, soy tu maestro…

—Y a mí no me gusta recordar. Tuve que dar un rodeo en mi camino porque quería saludarte. Saldré mañana de tu ciudad y ya no me volverás a ver el pelo.

—Está bien, quédate en la oficina. Hay una cama de sobra.

—Tomé habitación en el hotel Minerva.

En aquel momento, se abrió la puerta dando paso a un hombre de unos veintiséis o veintisiete años, rubio, de ojos verdosos.

—Eh, Frank, acércate —dijo Ben—. Te quiero presentar al hombre del que me has oído hablar desde que llegaste a la oficina.

El rubio miró a Clem y sus labios sonrieron gélidamente.

—El invencible señor Forester.

—Ya lo puedes jurar, muchacho —asintió Ben White.

El rubio se acercó a Clem y dijo:

—¿Cómo está, señor Forester?

—Bien, Frank.

—¿Cuál es el caso en que se ocupa? ¿Tiene que ver con nosotros?

La voz de Frank era ceremoniosa, casi oficial.

—No, Frank —trató todavía de sonreír Forester—. Le estaba

diciendo a tu jefe que me retiré. Sólo vine aquí para saludarle.

—Comprendo… Un negocio absolutamente secreto. Pero quizá yo sepa algo. También tengo mi olfato, ¿sabe señor Forester?

—¿Sí?

—No me la pegan fácilmente.

—Bueno —repuso Forester rascándose tras de una oreja—. Después de todo, hemos tenido el mismo maestro.

Lo decía con ironía, ya que Frank se estaba equivocando. Realmente se había despedido de la Agencia de Investigaciones Pinckerton para no volver.

Ben había sacado la botella de *whisky* y tres vasos. Mientras escanciaba, dijo:

—Esta vez te equivocaste, Frank. Forester se retiró.

—Se ha vuelto muy crédulo, jefe —dijo Frank.

A Clem no le gustó la insistencia de Frank Spackman.

—¿Qué te hace suponer que todavía continúo en activo?

—El caso Lane.

—¿Qué es el caso Lane?

Fue ahora Spackman quien sonrió con sarcasmo.

—¿De dónde viene, señor Forester? ¿Acaso de la luna?

—De Chicago. La Agencia Pinckerton celebró allí su última junta general. Era mi oportunidad para presentar mi dimisión y decidí aprovecharla.

—Anda, bebe, Clem —dijo White.

Cada uno tomó su vaso y el comisario hizo el brindis.

—Pues que te vaya bien en la tierra prometida y encuentres muy pronto una mujer que te dé hijos robustos.

—Gracias —dijo Forester.

Los tres bebieron y Frank Spackman, después de chascar la lengua, dijo:

—¿Dónde cree que estarán escondidos los treinta mil dólares?

Clem se quedó otra vez serio.

—¿Qué treinta mil dólares?

—Naturalmente, me estoy refiriendo al caso Lane.

Forester dio un suspiro.

—Ben, tienes un ayudante que debe ser muy duro cuando interroga a un sospechoso.

—Sí, a veces tengo que frenarlo…

—Señor Forester —contestó Frank muy serio—, hasta ahora no empleé con los sospechosos el cubo de agua ni la tubería de plomo.

—Nadie dijo que los empleases.

—Eh, muchachos, no quiero que riñan —dijo Ben White.

Frank Spackman esbozó otra vez la sonrisa.

—Está bien, señor Forester. Le diré por qué imagino que está metido en el caso Lane… Ella está aquí, la esposa de Lane.

—¿Dónde? —saltó el *marshall.*

—En el hotel Minerva, habitación siete… Y justamente su amigo Forester se aloja también allí, habitación seis.

Ben White miró a Forester en silencio.

El ex detective de la Pinckerton arrugó la nariz.

—Oye, Ben, no sé quién es la señora Lane. No la he visto en mi vida y no sé de qué diablos estáis hablando… Y por si te sirve de algo, te diré que ya estoy arrepentido de haberme llegado a Lake Spring.

—No te enfades, Clem.

—Nunca me ha gustado que pongan en tela de juicio mis palabras, especialmente cuando hablo con un amigo.

—Sí, Clem, tienes razón, perdona, pero el caso Lane ha armado mucho revuelo…

—Anda, infórmame de una vez y sabré de qué se trata. ¿Qué es eso del caso Lane?

## CAPÍTULO II

—Randolph Lane fue acusado de asaltar con otros tres tipos el Banco Agrícola de Jefferson City —dijo Ben White—. Los asaltantes, cubiertas las caras con pañuelos, se llevaron treinta mil dólares. Pero lo peor es que, durante el asalto, mataron a un empleado y a una cliente, una mujer que se encontraba allí en el momento del robo… Los cuatro hombres huyeron, pero Lane fue atrapado al día siguiente a cuarenta millas de Jefferson City, en Stoneville.

—¿Se probó que Lane era uno de los salteadores?

—Se le encontraron encima dos mil dólares procedentes del botín, y eso fue bastante. Lane tiene un buen prontuario. Fue condenado cuatro veces por robo y una por asalto.

—¿Aceptó él los cargos?

—No. Se hizo ver a Lane que, si confesaba, serían benévolos con él. Pero insistió una y otra vez que nada tenía que ver con el asalto…

—¿Cómo justificó los dos mil dólares que se le encontraron encima?

—Dijo que no tenía dinero, que alguien los había puesto en su bolsa mientras dormía.

—¿Qué hacía Lane tan cerca de Jefferson City, en Stoneville?

—Contó una historia inverosímil.

—¿Qué historia?

—Había recibido una carta de un tal Ken Sanderson. Le iba a ofrecer el puesto de capataz de su rancho. Lane decidió esperar en el hotel hasta que apareciese Sanderson… Pero, cuando fue detenido, no pudo exhibir la carta.

—Un chico con mala suerte.

—Yo diría que pésima, porque tampoco se encontró a nadie en

la ciudad o en los alrededores que se llamase Ken Sanderson y que tuviese un rancho…

—¿Alguna otra pista?

—Ninguna, y como Lane insistía en repetir una y otra vez su historia, fue condenado a muerte… Pero la sentencia no se ha podido cumplir.

—Escapó de la jaula, ¿eh?

—Sí, la víspera de su ejecución.

—¿Mató a alguien al escapar?

—No. Dejó a un guardia sin sentido y a otro lo hirió al golpearlo.

—¿Recibió ayuda del exterior para huir?

—No existe evidencia de ello, pero se supone que lo ayudaron sus cómplices.

Forester se dirigió a Frank Spackman.

—Frank, ahora ya sé de qué hablabas.

—¿De veras?

Forester apretó los maxilares y su cara adquirió una gran dureza.

—No seas tortuoso, muchacho. Eso siempre da malos resultados.

—¡Oh, sí, claro…!

—Habla de una vez; ¿qué es lo que tienes entre ceja y ceja?

—La señora Lane.

—Sí, ya lo dijiste antes. Ella se aloja en el mismo hotel que yo. ¿Y qué?

—¿No conoce a la señora Lane?

—No, no la conozco. Ni tampoco sé quién es su marido…

—Ella causó sensación en el hotel. Es raro que no la haya visto.

—Llegué al pueblo apenas hace una hora.

—¿No se cruzó en el *hall* con una mujer muy bella?

—Vi un par de mujeres que no estaban mal, pero me temo que eran *girls*.

—No, la señora Lane no es una *girl*. Y es mucho más hermosa que cualquier profesional. Eso me ha hecho pensar que quizá la señora Lane lo fue hace algún tiempo.

—Conque no tienes un cerebro tortuoso…

—Disculpe, señor Forester.

—No tienes que presentarme tus excusas.

—Es cierto. Quizá se me ocurra presentárselas a la señora Lane.

—Frank Spackman se dirigió al comisario—. No es mala idea, ¿verdad, jefe?

Salió de la oficina con su sonrisa irónica en los labios.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Forester preguntó a White:

—¿De dónde lo sacaste, Ben?

—No es mal chico.

—Oh, no, claro, los hay peores…

—¿Es que no te diste cuenta, Forester? Ese chico te tiene celos. Le estuve hablando de ti desde que llegó, hace dos años. Siempre te puse como ejemplo de lo que debe ser un servidor de la ley y la justicia… Ahora te ha visto, y le ha salido la envidia a flor de piel. Pero, en el fondo, te admira.

Clem apuró el contenido de su vaso. Dejó éste sobre la mesa y tendió su mano.

—¡Eh! ¿Qué es lo que te pasa? —exclamó White.

—Que me voy.

—Está bien. Vete al hotel y descansa. Luego pasaré por ti y comeremos juntos.

—Me largo del pueblo.

—No sabía que fueses tan puntilloso.

—No me voy por tu ayudante.

—¿Cuál es el motivo, entonces?

—El caso Lane.

—Dijiste que no tenías nada que ver.

—Y es cierto. He pasado el último mes entre San Luis y Chicago y antes estuve en Oregón persiguiendo a un asesino. Fue mi último trabajo, ¿lo oyes bien? El último…

—No me digas que has pensado ofrecer tus servicios a la señora Lane, y quieres evitar el peligro.

—No es eso. Nunca ofreceré mis servicios a nadie, pero tal como están las cosas, el tiempo que permanezca aquí voy a estar relacionado con el caso Lane. Recuérdalo; la esposa del fugitivo ocupa una habitación demasiado cercana a la mía…

—Lo siento, Forester, me habría gustado pasar unas horas contigo.

—Cuando llegue a California, te enviaré mi dirección. Te espero allí para cuando te retires.

—Eso ocurrirá muy pronto. He decidido no presentarme a las

próximas elecciones que se celebrarán dentro de dos meses.

—Enhorabuena —dijo Clem, sin ninguna convicción.

—¿Quién es ahora el cerebro tortuoso?

Forester sonrió pegando una palmada a su viejo amigo.

—Espero verte algún día por mi casa, en la tierra prometida. Pero no llegues demasiado anciano.

Se estrecharon la mano y Clem se dirigió hacia la puerta.

—Forester —dijo el *marshall.*

—¿Sí?

—Te deseo suerte.

—Gracias, Ben. Lo mismo digo.

—¿Puedo hacerte una pregunta indiscreta?

—Adelante.

—¿Vas en busca de alguna mujer?

—No, no hay ninguna en especial.

—Letty Boyd está en Jefferson City.

Hubo un silencio.

—Vaya, no lo sabía —dijo Forester—. Hasta la vista.

—¿No vas a preguntar a qué se dedica Letty Boyd?

—Está bien. ¿A qué se dedica?

—Es dueña de un *saloon*, el más importante de la ciudad.

—Lo celebro.

—Fue en Jefferson City donde se cometió el asalto de los treinta mil dólares.

—El mundo está lleno de coincidencias, ¿verdad?

—Me he preguntado muchas veces qué significó para ti Letty Boyd.

—Algo, y luego, nada.

—¿Estás seguro?

Forester sonrió mientras se tocaba el mentón con el dorso de la mano.

—A veces, cuando uno echa la mirada hacia atrás, tiene la impresión de que ciertos hechos ocurrieron mil años antes.

—Sí, Forester, tienes razón. Quiero que encuentres ese hogar que buscas. Creo que te lo mereces…

Forester soltó un gruñido, dio media vuelta y salió de la oficina.

Cuando se encontró en la acera de tablones, respiró profundamente.

Se preguntó si había valido la pena llegarse hasta Lake Spring.

El viejo Ben White había despertado en él recuerdos que creía enterrados para siempre.

Echó a andar por la acera.

Vio venir a Spackman, el ayudante de Ben.

Aquel tipo le había resultado desagradable, pero pensó en las palabras de White. Si el viejo Ben había estado calentando la cabeza de Spackman con alabanzas acerca de él, era lógico que el muchacho se sintiese celoso.

—Hola, señor Forester… ¿Estará mucho tiempo entre nosotros?

Le enfureció ver en los ojos del ayudante un brillo de regocijo.

—Me largo ya.

—¿Sabe que he intentado ver a la señora Lane? Pero ella no me quiso recibir. Cerró su puerta con llave…

—Es una verdadera pena.

—Sí, lo es. Me gustan las mujeres hermosas que tienen buena medida de busto, cintura y caderas, y ella es algo fuera de lo corriente.

—Hasta la vista —dijo Forester, terminando la conversación.

—Buen viaje, señor Forester.

Se alegró de alejarse de Frank.

No le gustaban los tipos que hablaban de las mujeres con jactancia. Y Spackman era de esa clase.

Entró en el hotel Minerva.

El hombre calvo del registro lo miró.

—Me marcharé en seguida —dijo Forester.

—¡Pero si apenas llegó…!

—Ya terminé mi negocio en esta ciudad.

—Como quiera, señor Forester.

Clem tomó la llave que le dio el calvo y subió la escalera.

Llegó a su habitación e introdujo la llave en la cerradura, pero se dio cuenta de que la puerta ya estaba abierta. La empujó y pasó dentro.

Tenía un visitante.

Una mujer de unos veintiséis o veintisiete años, de rostro muy bello. Sus medidas de busto, cintura y caderas eran maravillosas.

No hacía falta que ella hablase para que él supiera quién era.

Sin embargo, la mujer dijo:

—Soy Hilda Lane, señor Forester.

# Capítulo III

Clem cerró la puerta a su espalda.

—¿Cómo entró aquí?

—Utilicé una llave maestra.

—Comprendo. Su marido le dejó el instrumental.

Vio cómo el rostro de la joven palidecía y sus labios temblaban.

—Perdone —dijo Forester—. No debí decir eso.

—No estuvo muy acertado.

—Estoy furioso por algo que me pasó hace un rato, si le sirve de disculpa.

—Está bien, señor Forester.

—Y ahora, adiós —dijo Clem con sequedad.

—Tengo necesidad de hablar con usted.

—Sé de lo que me va a hablar y no me interesa.

—¿Trata así siempre a sus clientes?

—Quiero recordarle algo, señora Lane. Durante los últimos cinco años no trabajé por mi cuenta. Tenía un patrón y era él quien me indicaba qué trabajo tenía que realizar.

—Muy bien. Yo seré ahora su patrón.

—Lo siento, no estoy disponible.

—Si me dice el nombre de su cliente, estoy dispuesta a indemnizarlo para que usted se ocupe de mi caso.

—No me expliqué bien, señora… Lane. Lo haré ahora. Ya terminé con la Agencia Pinckerton, y no lo hice para trabajar por mi cuenta… Me cansé de perseguir asesinos y forajidos. Es un trabajo agotador, aunque mucha gente no lo crea, y decidí tomarme un largo descanso.

—Quizá haga una excepción.

—No, no hay excepciones.

—¿Ni por quinientos dólares?

—No, señora Lane, ni por quinientos dólares.

—Mil.

Forester meneó la cabeza en sentido negativo.

—No, señora Lane, no hace falta que continúe subiendo.

—Mil es lo máximo que le puedo ofrecer. De modo que no habría subido un centavo más.

—La respuesta sigue siendo no. De todos modos, se me ocurre una pregunta. ¿De dónde iba a sacar los mil dólares para pagarme? ¿Quizá del botín que su marido y otros tres lograron en Jefferson City?

—No, señor Forester.

—¿De dónde?

La señora Lane levantó la barbilla con altivez.

—Son mis ahorros.

—¡No me diga…!

—Lo crea o no, son mis ahorros…

—Comprendo. Se pasó la vida haciendo la hormiguita, mientras su marido estaba en la cárcel.

En los ojos de la señora Lane destelló la furia.

—Es usted un indeseable, señor Forester. No tiene ningún derecho a herirme, y no hace falta que se moleste esta vez en presentarme sus excusas. Ya me voy. Siento haberle molestado…

La señora Lane echó a andar rápidamente hacia la puerta, pero al pasar junto a Forester, éste la tomó por el brazo.

—Espere, señora Lane.

Ella volvió la cabeza y de este modo sus caras quedaron muy próximas.

Clem se dijo que nunca había visto un rostro tan bello ni tampoco tan lleno de ira.

—¡Suélteme, señor Forester!

—¿Para qué quiere contratarme?

—Se me ocurrió la absurda idea de que usted podría encontrar a mi marido.

—Sí, desde luego, estoy de acuerdo con usted; es absurda. ¿No sabe quién soy yo?

—Algunos lo llaman el justiciero Forester. Le han dedicado calificativos peores, pero imagino que no es necesario que yo los

repita porque usted los conoce todos.

—Entonces sabrá también que yo siempre he estado de parte de la ley.

—Sí.

—Y usted quiere que busque a un fugitivo, a un condenado a muerte que escapó antes de ser ajusticiado. Suponga que lo encuentre, ¿qué he de hacer? ¿Servírselo a domicilio?

—No.

—Entiendo, está de acuerdo en que lo entregue a la justicia para que lo ahorquen… Ya se cansó de su marido y quiere ser la honrada viuda Lane.

La señora Lane se revolvió para soltarle una bofetada, pero Forester la sujetó por la muñeca.

Ahora quedaron más juntos que antes.

El le llevó el brazo a la espalda.

Su posición era muy forzada, y la hermosa señora Lane proyectó sus senos hacia él.

Clem sintió el calor del cuerpo femenino. Las venas de aquella mujer estaban ahora llenas de sangre rugiente.

—Le odio, señor Forester. Estoy arrepentida de haber venido aquí. Ahora comprendo lo que han dicho muchos acerca de usted. No siente piedad ni alberga en su pecho sentimiento alguno para sus semejantes… Tienen razón los que dijeron que es duro como una roca. Acertaron porque de una roca no se puede esperar nada. ¡Y ahora deje que me vaya de una vez!

—¿Por qué quiere que busque a su marido?

—¿Todavía no lo comprendió? —Tengo que deducirlo de lo que hemos hablado… Usted piensa que es inocente.

Ella no contestó.

—¡Dígalo de una vez, señora Lane! ¿Piensa que él no cometió aquel asalto?

—Randolph nunca asaltó el Banco de Jefferson City.

—¿Por qué? ¿Porque se lo dijo él?

—Sí, me lo dijo él y sé que es verdad.

—Usted quiere que demuestre la inocencia de su esposo.

—Sí, señor Forester, eso es lo que quería, pero buscaré a otro…

—No está bien de la cabeza.

—¡Ya me insultó demasiado!

Clem ignoró aquella interrupción.

—¿Cómo quiere que pruebe que su marido no fue culpable? Sólo tenemos su historia, lo que él contó… Es la fábula más podrida que escuché nunca… El fue a Stoneville porque recibió una carta de un ranchero… Quería nombrar capataz a él. Claro, el señor Sanderson necesitaba a un hombre de confianza, a un tipo honrado para que le ayudase en las faenas del rancho, y sólo se le ocurrió pensar en un ex convicto. Y dio la casualidad de que su marido pudo probar la verdad de lo que decía exhibiendo la carta a los que lo apresaron… ¡Pero no había tal carta, y los dos mil dólares que le encontraron encima eran parte del botín!

—No es tan inteligente como me dijeron, señor Forester.

—Ande, convénzame de que no lo soy.

—¿Cree que si se hubiese encontrado la carta en poder de mi marido, que si no lo hubiesen condenado a muerte, que si no estuviese tan difícil probar su inocencia, habría recurrido a usted? Cualquier hombre hubiese podido ocuparse de mi caso. Pero usted no es un hombre cualquiera, aunque empiezo a creer que todo es una leyenda… Antes de conocerlo pensé que podía ser verdad lo que me habían dicho acerca de Clem Forester, y por eso se me ocurrió que usted era el único hombre que podía ayudarme. Ya lo ve, señor Forester, todos nos equivocamos, y yo lo hice cuando empecé a seguirlo en San Luis…

—¿Quiere decir que viene tras de mí desde San Luis?

—Sí, señor Forester. Fui a la Agencia Pinckerton, pero me dijeron que había abandonado la ciudad el día antes. Un empleado, el señor Chase, me dijo que usted se disponía a visitar a un amigo de Lake Spring.

Sólo entonces. Clem dejó de apretar el brazo de la señora Lane.

—Perdone que le haya hecho perder su tiempo, señor Forester.

—¡No se marche!

Ella ya tenía la mano en el tirador y volvió nuevamente la cabeza.

—Creo que yo también voy a cometer un error, señora Lane. Pero acepto.

La joven parpadeó.

—No quiero que lo haga así.

—¿Cómo lo hago?

—A regañadientes.

Forester sacudió repentinamente la cabeza.

—Está bien, está bien… Estoy muy contento de que me haya encargado su caso… Pero me permitirá que no dé saltos de alegría hasta encontrarme solo.

—Piénselo bien, señor Forester. Si no va a trabajar a gusto será mejor que lo deje.

—¡No empiece a poner condiciones! —repuso Forester señalándola con el dedo índice—. He dicho que acepto si caso, pero entérese de una vez. Hago las cosas a mi manera, le gusten o no al cliente. ¿Lo oye bien?

—Sí, señor Forester.

—Siéntese.

—¿Para qué?

—Necesito hacerle unas preguntas.

—Puede hacérmelas mientras comemos.

—Quizá no haya tiempo para esa comida. ¡He dicho que se siente!

—No hace falta que me grite, no soy sorda…

La señora Lane se sentó en la única silla que había en la habitación.

Clem paseó por la estancia frotándose el cogote. Finalmente, se detuvo delante de la joven.

—Todo lo que yo diga es una pura suposición, señora Lane. Tengo que suponer antes que nada que su marido dice la verdad, que él no cometió ese asalto… En tal caso, hemos de admitir que le prepararon una encerrona.

—Sí, señor Forester.

—¿Dónde recibió la carta del supuesto Ken Sanderson?

—Randolph y yo estábamos en Kansas City. El hacía dos meses que había salido de la cárcel, donde cumplió su última condena de un año… Yo trabajaba en la ciudad.

—¿En qué trabajaba?

—Canto y bailo.

—Sí, eso debe hacerlo bien. Tiene buena voz, sobre todo cuando se enfada.

—Preferiría que dejara de lado sus apreciaciones acerca de mi persona.

—De acuerdo, señora Lane… Continuemos. ¿Dónde recibió él la carta?

—En el hotel Saratoga.

—¿Por qué creyó su marido que el contenido era cierto?

—¿Por qué no había de creerlo? Randolph me había prometido que aceptaría cualquier trabajo honrado. Durante dos meses lo buscó en Kansas City, pero no lo encontró… Bueno, a decir verdad, se colocó dos veces, pero lo echaron en seguida, cuando supieron quién era.

—Ya tenemos al ex convicto que quiere seguir por el camino recto y no lo dejan.

—Le sienta muy mal el sarcasmo, señor Forester. Debería dejarlo también.

—¿Por qué no fue con Randolph a Stoneville?

—Estaba bajo contrato, que no expiraba hasta quince días más tarde. Además, era conveniente que Randolph fuese solo para conocer al señor Sanderson y enterarse de los detalles de su nuevo trabajo.

—Otra pregunta, señora Lane. Le iban a ofrecer un cargo de capataz. ¿Tuvo su marido alguna vez relación con un rancho?

—Claro que sí. Randolph nació en Texas, en Austin. Su padre era *cow-boy* de un rancho. Hasta los catorce años Randolph permaneció con él. También él empezó siendo *cow-boy*.

—¿Por qué cuando se dio cuenta de que Sanderson no existía, no se fue de Stoneville?

—Lo supo al llegar, pero Randolph se sintió desorientado. En la carta le decían que se alojase en el hotel Republic. Randolph decidió aceptar aquella sugerencia porque pensó que quizá el ranchero no había dicho su verdadero nombre. Quizá el señor Sanderson había decidido prescindir del capataz que tenía a su servicio y llevar las cosas con discreción.

—No está mal.

—Celebro que le guste un poco más la historia.

—No sea tan optimista, señora Lane. Estamos hablando de suposiciones.

—Gracias por recordármelo. Llegué a pensar por un momento en

que tenía fe en mí.

—¿Quiere a su marido?

—¿Cómo?

—Le he preguntado si quiere a su esposo…

—¿No le parece que es una pregunta tonta?

—No, no lo es, y se lo explicaré… Su marido ha podido engañarla.

—¿Qué dice?

—Se lo explicaré, señora Lane. El cometió el asalto, junto con los otros tres hombres… Pero Randolph tuvo mala suerte y fue atrapado. Inventó aquella fábula porque naturalmente era más sencillo que declararse culpable… Durante el asalto fueron muertas dos personas. Si su marido hubiese confesado, el juicio habría sido rápido… Diciendo que era inocente, el juicio se demoró varias semanas. Con eso ganó tiempo. Un tiempo que le era a él precioso. Porque su marido sólo tenía una salida. La fuga… Lo que realmente hizo más tarde, en la cárcel.

—¿No cree que me habría dicho a mí la verdad?

—¿Para qué? Tenía usted fe en él…

—Yo también voy a suponer algunas cosas, señor Forester. Si usted asegura que mi marido fue uno de los salteadores, él debe estar muy lejos de Jefferson City y de Stoneville…

—Sí.

—Estoy segura de que no ha huido.

—¿Por qué?

—Porque un par de veces me dijo que daría la mitad de su vida por poder demostrar su inocencia.

—¿Y de qué bonito modo lo iba a demostrar?

—Capturando a los culpables.

—¿Sabe algo de ellos?

—No. Pero Randolph debió imaginar que los cuatro verdaderos salteadores debían ser ciudadanos de Jefferson City o de sus alrededores.

Forester arrugó el ceño.

—Así que, según usted, su marido debe estar en Jefferson City o en sus aledaños.

—Así es.

—Muy bien. Lo comprobaré…

—Prométame que no lo entregará a la justicia hasta que esté convencido de su culpabilidad.

Forester movió la cabeza en sentido afirmativo.

—Prometido, señora Lane… Otra pregunta. ¿La conocen a usted en Jefferson City?

—No. Nunca estuve allí.

—Está bien. Quiero que usted vaya a Jefferson City, pero no lo hará con su verdadero nombre. Utilizará el de Julie Mayer. ¿De acuerdo?

—Sí. Julie Mayer.

—No se aloje en el mejor hotel.

—Sé lo que está pensando; usted cree que mi marido tratará de ponerse en contacto conmigo.

—Es posible, y para ello quiero que se ofrezca a los empresarios de los *saloons*.

—Ya había decidido hacerlo, aunque usted no hubiese aceptado hacer la investigación.

—Vaya, parece que marchamos de acuerdo.

—Imagino que debo viajar sola. Hay un tren que sale dentro de una hora y que pasa por Jefferson City.

—De acuerdo, tome ese tren. Yo también viajaré en él, pero elegiré un asiento lejos del suyo. Usted y yo no nos conocemos… Una vez lleguemos a Jefferson City, si me conviene, la abordaré… No trate de hablar conmigo si no es necesario… ¿Ha entendido las instrucciones?

—Si, señor Forester.

—Eso es todo.

—Falta algo —dijo la joven se levantó y abrió el bolso—. Sólo traje doscientos dólares en efectivo. Para el resto puedo firmarle un cheque.

—Págueme sólo cien a cuenta. El resto, hasta los quinientos, se lo cobraré si su marido es inocente.

—Dije mil.

—No, señora Lane. Es demasiado. Y yo sólo cobro el precio que es razonable…

La joven sacó un billete de cien dólares, que alargó a Forester, el cual lo hizo desaparecer en su bolsillo.

La joven fue a abrir la puerta, pero se detuvo un instante y miró

otra vez a Clem.

—Gracias por ayudarme.

Forester no contestó nada a eso y la joven salió de la habitación.

Media hora más tarde, Clem había abandonado su hotel con la maleta.

Fue derecho a la estación y compró un billete para Jefferson City.

Había encendido un cigarro cubano y como todavía faltaban unos minutos para la salida del tren, paseó despacio por el andén.

Al mirar una de las ventanillas vio de espaldas a la señora Lane.

—¿Se va en este tren, señor Forester? —Oyó una voz a su espalda.

Era Frank Spackman.

Clem vio la sonrisa del ayudante de White y sintió deseos de pegarle un puñetazo.

—Sí, Frank. Viajaré en este tren…

—Casualmente, pasará por Jefferson City. ¿Tiene pensado detenerse allí?

—Quizá lo haga. Ustedes despertaron mi curiosidad con respecto al caso Lane.

Frank alzó los ojos y Clem supo que estaba mirando a la señora Lane.

El ayudante de White dio un suspiro.

—Hermosa mujer… Sí, señor… Muy hermosa. Lástima que yo no haya podido hablar con ella.

Forester tenía que hacer verdaderos esfuerzos por contenerse. Frank debía saber que la señora Lane había estado hablando con él en el hotel.

Bueno, después de todo, Frank Spackman se quedaría allí, en Lake Spring.

Tomó su maleta y subió al estribo.

En seguida, el jefe de estación hizo sonar la campana.

Mientras el convoy se deslizaba por las vías, el ayudante de Ben White hizo un saludo con la mano.

—Buen viaje, detective —dijo.

Forester lo mandó al infierno en su fuero interno y entró en el vagón siguiente al que viajaba la mujer del fugitivo.

## CAPÍTULO IV

Clem Forester se detuvo ante el Banco Agrícola, en Jefferson City.

Tenía la maleta en la mano porque venía de la estación.

En el interior de aquel Banco se había iniciado el drama tres meses atrás.

Dos personas habían muerto; un empleado y una mujer.

A consecuencia de aquel asalto, él estaba allí, cuando debía encontrarse camino de California para iniciar una nueva vida.

Durante el viaje se había preguntado unas cuantas veces por qué aceptó el encargo de Hilda Lane.

¿Era que ella le había impresionado por su fe en el esposo, o había creído la historia del fugitivo con respecto a su inocencia? ¿O sería porque en Jefferson City se encontraba Letty Boyd?

Hacía dos años que no la veía.

Desparramó la mirada por la calle y por fin sus ojos se detuvieron en la fachada del *saloon* La Mujer de Oro.

Sonrió pensando en Letty y en lo que ella le había dicho alguna vez: «No descansaré hasta bañarme en oro».

Sólo a Letty se le habría ocurrido bautizar a un *saloon* con aquel nombre.

Frente al *saloon* descubrió un hotel, el Lafayette.

Se dirigió hacia allí.

El registro estaba atendido por una mujer de cabello rojizo, de unos treinta años. Tenía grandes ojos y largas pestañas, y una boca de labios sensuales.

—Quiero una habitación —dijo Clem.

—¿Por cuánto tiempo? —preguntó la pelirroja.

—No lo sé… Quizá me quede un par de días…

—Está bien, pero tengo que hacerle una advertencia.

—¿Sí?

—No consentimos que los hombres entren con mujeres.

—¿Y cómo se las arreglan para separar a los matrimonios?

La pelirroja se quedó un momento con la boca abierta, y de pronto, se echó a reír.

—Me gustan los chistes, señor…

Forester había aprendido que nada conseguía con decir un nombre que no era el suyo. Su fotografía había salido varias veces en los diarios de la nación. Por eso dijo el suyo.

—Clem Forester.

—Me suena —dijo la pelirroja.

—Es musical.

—No es ésa la razón. Creo que es usted un personaje conocido. ¿Quiere rellenar la hoja?

—Desde luego.

Forester se inscribió. Pagó cuatro dólares adelantados por el alquiler de dos días y recibió a cambio una llave que le hacía usufructuario de la habitación número diecisiete.

Subió la escalera, entró en su cuarto y se dedicó a su aseo personal en el lavabo.

Cuando hubo terminado, se aseguró de que el revólver salía con facilidad de la funda… Era un gesto instintivo… Siempre lo hacía cuando tenía que salir del cuarto de un hotel. Quizá a ello debía seguir viviendo.

Bajó la escalera y devolvió la llave a la pelirroja.

—Me voy a dar una vuelta por ahí.

—Si quiere comer decente, vaya al restaurante de Charley Breathitt. Está tres casas a la derecha.

—Gracias. Iré al restaurante de Charley.

—Y si se quiere evitar complicaciones, no vaya al antro del otro lado.

El antro era el saloon de Letty Boyd.

—¿Qué pasa allí?

—Hay bacarrá, ruleta y muchos jugadores profesionales… El año pasado uno de mis huéspedes se tiró por la ventana después de haber visitado ese *saloon.*

—Hay quien tiene poco aguante —dijo Forester.

Dejó a la pelirroja perpleja y salió a la calle.

Cruzó a la otra acera y empujó las hojas de vaivén del *saloon* La Mujer de Oro.

Pensó que si la pelirroja estaba mirando por la ventana, pensaría que los buenos consejos no servían para nada.

El negocio de Letty marchaba bien, a juzgar por el número de clientes que se encontraban allí a aquellas horas.

Observó a media docena de *girls* que estaban con los clientes. Todas eran jóvenes. La mayoría de ellas bonitas.

Se acercó al mostrador y un tipo patilludo, de nariz aguileña, vino a su lado.

—¿Qué va a ser, jefe?

—Un *whisky*.

El patilludo se lo sirvió.

Forester bebió un trago y lo escupió en el suelo.

El patilludo arrugó la nariz.

—Fue un *whisky* lo que le serví, jefe.

—Matarratas.

—¿Eh?

—Un mejunje que no lo bebería ni quien lo necesitase para vivir…

—Se llegó aquí buscando camorra, ¿eh?

—Sólo soy un cliente que quiere ser servido con decencia.

El patilludo había hecho una señal con la cabeza y Forester vio por el rabillo del ojo que dos tipos se acercaban hacia allí.

—¿Qué pasa, Rick? —preguntó uno de los matones.

—Al caballero no le gusta el *whisky*. Seguro que el caballero prefiere otra cosa.

—El caballero va a ser servido —contestó el matón.

Tiró el puño derecho contra la cara de Clem, pero a éste le bastó girar sobre el mostrador para burlar el golpe.

El matón había puesto demasiada violencia en el brazo porque, al fallar, se vino abajo.

El otro vigilante hizo una mueca.

—El caballero es un bailarín —dijo—. Pero trate de frenar esto.

Envió un derechazo al estómago.

Clem pegó un salto y quedó sentado en el mostrador.

El segundo matón clavó el puño en la madera, pero ésta era de buena calidad.

—¡Maldita sea, lo voy a hacer pedazos! —gritó el tipo que acababa de hacerse puré los nudillos.

Entonces, Clem se puso en marcha.

Le pegó un revés en el pómulo y el tipo cayó en el suelo.

Forester saltó sobre el piso para hacer frente al primer guardaespaldas, que ya se había repuesto, pero entonces se oyó la voz de una mujer que sonó como un latigazo.

—¿Qué pasa aquí?

Forester miró hacia la izquierda y vio a Letty Boyd, aunque ya había identificado su voz.

Recordó que Letty debía tener veintisiete años. Era como un fruto que había llegado a su madurez. Su cabello seguía siendo rubio como el oro y hacía juego con su vestido, que también era dorado.

Su rostro continuaba siendo maravilloso, los ojos azules, la nariz ligeramente respingona, los labios muy rojos.

Ella enarcó las cejas al reconocerlo.

—Deje, señorita Boyd —dijo el primer guardaespaldas—. En un momento le sirvo a este tipo en trozos.

—Estáte quieto. Norman. Marcharos los dos.

Los dos vigilantes del orden se retiraron de allí soltando gruñidos por lo bajo.

Letty Boyd se acercó a Forester. Estaba muy seria.

—Hola, Clem.

—¿Qué tal. Letty?

—Creí que no te volvería a ver.

—Yo también.

—¿Tendrán razón los que dicen que el mundo es muy pequeño? ¿Qué tal te va con la Pinckerton?

—Me fue muy bien.

—¿Quieres decir que no trabajas para ellos, Clem?

—Ya terminé.

La joven sonrió con amargura.

—Hace cinco años elegiste a Pinckerton.

—Era lo que más me convenía.

—Sí, Clem. Seguro… —La joven hizo una pausa—. Imagino que estás de paso…

—Si, Letty. Me iré muy pronto… Pero hablemos de ti. ¿Cómo te

fue estos años?

—Muy bien.

—Creo que conseguiste lo que deseabas… Debe faltarte muy poco para que te cubras con oro.

—No mucho.

—Lo celebro… Si tienes que acompañar a algún cliente, no te entretengas por mí.

—Gracias, Clem. Me iré en seguida. Al parecer, no te gustó mi *whisky*.

—La verdad es que lo encontré bastante aguado.

—Le ajustaré las cuentas al proveedor. Me gusta servir buen género… ¡Rick!

—Diga, señorita Boyd.

—Sirve al señor un *whisky* de la mejor clase. Paga la casa.

—Sí, señorita Boyd.

La joven miró a los ojos de Forester.

—Quizá nos veamos otra vez, ¿verdad, Clem?

—Volveré por aquí si no te molesta.

—Claro que no me molesta…

La joven dio media vuelta y se alejó de Forester.

Clem se la quedó mirando hasta que desapareció por una puerta.

—Eh, señor… —dijo Rick—. Aquí tiene su *whisky*.

—Gracias.

Forester bebió el *whisky*. Era mucho mejor que el que le habían servido con el primer vaso. Pero ¿qué diablos había ido a hacer allí? Los recuerdos saltaban en el interior de su cabeza. Veía a Letty en sus brazos…

Y ahora habían hablado como dos extraños.

No, nunca debió entrar en aquel *saloon* y tampoco debió aceptar el encargo de Hilda Lane sabiendo que Letty estaba en Jefferson City.

Dejó una moneda de veinticinco centavos y dijo:

—Para usted. Rick.

—Gracias, amigo —repuso el patilludo.

Forester salió a la calle e hinchó los pulmones de aire.

¿Quién había dicho que no era un buen negocio volver los ojos al pasado? Tenía que haber sido un tipo muy listo. De eso estaba seguro.

Echó a andar y poco después llegaba a la oficina del de la placa.

Llamó a la puerta y abrió.

El hombre que estaba sentado a la otra parte de la mesa y que exhibía una estrella de latón en el chaleco estaba por los treinta y cinco años y era rubio, de facciones duras.

—¿Qué puedo hacer por usted? —preguntó.

—Mi nombre es Clem Forester.

El rubio hizo un gesto de sorpresa.

—¿El agente de la Pinckerton?

—Ex agente de la Pinckerton. Acabé mi contrato con el coronel.

—Celebro conocerle. Forester. Soy el *sheriff* George Bannon.

El representante de la ley alargó la mano, que Forester estrechó.

—Es usted lodo un personaje —dijo Bannon.

—Eso no resulta muy agradable la mayoría de las veces.

—Comprendo. Es un tipo modesto.

—Sólo una persona a quien no gustan los jaleos.

El de la placa se echó a reír.

—Eso estuvo bien. No le gustan los jaleos y ha tenido que ver más con ellos que cualquier otro representante de la ley… ¿Qué le trae por aquí, Forester?

—¿Puedo sentarme?

—¡Oh, sí, claro…!

El *sheriff* ocupó su silla tras de la mesa y Forester se sentó en la de delante.

—Estoy interesado en el asalto al Banco Agrícola.

La cara del *sheriff* Bannon se tornó grave.

—¿Puedo preguntarle por qué está interesado, Forester?

—El Banco perdió veintiocho mil dólares. Si alguien recuperase el botín, imagino que los del Banco estarían dispuestos a pagar, como siempre, un diez por ciento.

—Sí, eso es lo que Jake Morgan, el presidente del Banco Agrícola, se comprometió a pagar.

—Es un buen premio…

—¿Está necesitado de dinero, Forester?

—Digamos que con esos dos mil ochocientos dólares podré permitirme el lujo de abandonar definitivamente esta clase de trabajo.

—Comprendo.

—¡Me quiere ayudar, *sheriff*!

—Me temo que puedo hacer muy poco por usted, Forester.

—Sólo quiero información.

Sobrevino una pausa.

El *sheriff* Bannon se rascó una mejilla.

—Está bien, Forester. ¿Qué quiere preguntar?

—Usted capturó a Randolph Lane en Stoneville.

—Sí, así fue.

—¿Cómo llegó usted hasta allí?

El de la placa se relajó en la silla.

—Naturalmente, siguiendo una pista.

—¿Qué pista?

—Estábamos dando la batida… Nos habíamos dividido en grupos… Yo iba al frente de media docena de ciudadanos… Había reservado para nosotros los montes del Águila. Descubrí restos de comida. El pueblo más cercano a aquel lugar era Stoneville. Decidí que valía la pena arriesgarse. Así lo dije a los compañeros de mi grupo… En Stoneville hice unas cuantas preguntas… Unas horas antes había llegado un forastero a la ciudad. Se había inscrito con el nombre de Randolph Lane en el hotel Republic. Subí a su habitación y lo atrapé.

—¿Estaba durmiendo?

—Si.

—Y al parecer, profundamente.

—Así era. Randolph no se dio cuenta de que había perdido el juego hasta que le apoyé el cañón del revólver en la sien…

—¿No encontró raro eso?

—¿Qué cosa?

—Que durmiese tan profundamente después de haber cometido un asalto que para él y sus compañeros valía un botín de treinta mil dolores…

—Las personas duermen en los momentos más insospechados. Lo sé por experiencia, señor Forester… Quise a mi padre como a ninguna otra persona y el día que se murió me quedé dormido a su lado… Mi madre me despertó para decirme que se lo llevaban a enterrar.

—Usted interrogó al detenido.

—Sí. Allí mismo lo hice.

—¿Qué contestó?

—¿No lo sabe? El era inocente… No sabía nada del asalto al Banco de Jefferson City… Y tenía que haber visto su cara de sorpresa cuando encontré los dos mil dolores en su bolsa de viaje…

—También eso es extraño… Eran cuatro salteadores. Tocaban a siete mil quinientos dólares por cabeza. Sin embargo, Randolph solo tenía encima dos mil dólares…

—Eso tiene fácil respuesta. Quizá a él sólo le pagaron eso…

Randolph estaba marcado por la justicia y tenía que aceptar lo que le diesen…

—¿Por qué no fue juzgado aquí?

—El pueblo estaba indignado… Si yo traía a Randolph a Jefferson City no podría contener un motín… Lo iban a linchar… Había matado a un empleado del Banco, a Len Asher, un honrado padre de familia. Había dejado viuda y tres hijos… Pero también estaba Nancy Newton, una joven que era simpática a todo el mundo por sus obras de caridad entre la gente necesitada… Desde que acepté mi cargo de *sheriff* me sentí responsable de todos mis actos. Por ello, tal como estaban las cosas, decidí que Randolph Lane no se libraría de la horca, donde quiera que fuese juzgado… Hablé con los hombres que me habían acompañado y los convencí. De esa forma, pude llevar a Randolph Lane a Sanford… Como cosa curiosa, también pensé que en Sanford se contaba con una prisión del Estado, de altos muros y con un buen servicio de guardias… El alcaide de la prisión estaba orgulloso porque desde que se inauguró la penitenciaría hacía tres años, ningún preso logró escapar… Ya ve lo que son las cosas; Randolph Lane huyó de allí…

Forester se quedó pensativo. Al fin preguntó:

—¿No lograron sacarle a Randolph nada acerca de sus tres cómplices?

—Ni yo ni nadie… Le hicimos promesas. Aborrezco transigir con delincuentes, pero me di cuenta de que lo de Randolph Lane era un caso excepcional y estaba dispuesto a sacrificar alguno de mis principios. Naturalmente, no pensamos dejarlo en libertad, pero sí le habríamos perdonado la vida, contentándonos con una condena a perpetuidad.

—¿Y por qué cree que Randolph no aceptó la oferta?

—Es la mar de sencillo. El nunca debió creer en nuestra palabra.

Quizá lo engañaron alguna otra vez… Es posible que algún representante de la ley le dijese que no le pasaría nada si confesaba, y cuando lo hizo, le fallaron… O quizá él esperaba más de sí mismo, quiero decir que estaba convencido de que podría escapar antes de que lo ahorcasen… Admito que sus cómplices le hiciesen llegar un mensaje garantizándole la huida si mantenía la boca cerrada.

—Pudo ocurrir.

—Celebro que estemos de acuerdo.

Forester se puso en pie.

—¿Ha conseguido algo con respecto a los tres autores desconocidos, Bannon?

—No. No logré nada hasta ahora, pero no abandono la esperanza de que pueda resolver el caso…

—Gracias por todo, *sheriff*.

—Quiero que sea sincero conmigo, Forester.

—Desde luego.

—Si logra algo, ¿me lo comunicará?

—Téngalo por seguro.

Forester sólo le informaría en el momento preciso. De modo que, no incumpliría su promesa.

Hizo un saludo con la mano y salió de allí.

# CAPÍTULO V

—¿Qué te pasa, Letty?

El hombre que había preguntado se llamaba Jim Andrews. Era alto, de rostro bien parecido y su profesión era la de jugador.

—¿Me pasa algo? —inquirió a su vez Letty.

—Estás pálida como una muerta.

—Debe ser cosa del hígado.

—O de Clem Forester.

—¿Qué?

—¿No es Clem Forester el hombre con el que estabas hablando junto al mostrador?

Letty Boyd apretó los dientes.

—Este hombre ya no significa nada para mí, Jim.

—No digo que signifique.

—Ha sido una gran sorpresa para mí verlo de pronto ahí fuera. No tenía la menor idea de que estuviese en Jefferson City…

—¿Qué fue para ti, Letty?

Letty miró a la cara de Jim Andrews.

—¿Por qué los hombres preguntáis constantemente acerca de los hombres que una mujer ha podido conocer en su vida?

—Yo puedo hablar por mí mismo y te diré por qué lo pregunto. —Jim Andrew hizo una pausa—. Porque me siento celoso…

—Cuidado. Jim, te vas a quemar.

—Me estoy abrasando desde hace mucho tiempo.

—Quiero decir que yo no te he prometido nada… Eres un buen chico y somos amigos. Sólo eso…

—Sí, es cierto. Somos buenos amigos… hasta ahora. Pero siempre he creído que llegaría el momento en que sabrías elegir a tu hombre.

—Sabré elegirlo.

—Ponme en el platillo de la balanza, y por si te hace falta algún dato, recuerda que yo soy lo que te falta a ti para completar el cuadro… Desde que me contrataste tu negocio aumentó los beneficios en un cincuenta por ciento.

—Te pago honestamente.

—No me quejo de eso. Me pagas bien, es cierto. ¿Pero crees que me quedé a tu lado por el dinero?

—Este diálogo no conduce a nada.

Jim Andrews se acercó a la joven, la tomó por los brazos y la hizo girar.

—Letty, el día de tu cumpleaños bebiste un poco más de la cuenta, contra tu costumbre… Dijiste cosas muy interesantes.

—No lo recuerdo.

—Yo puedo recordártelo… Dijiste que estabas muy satisfecha de que Clem Forester se hubiese casado con la Agencia Pinckerton, y no contigo…

—¿Eso dije?

—Sí, Letty. Eso dijiste, y agregaste alguna cosa más. Por ejemplo, que si Forester apareciese a tu lado, podrás hablar con él sin sentir ninguna emoción especial…

—Es lo que ha ocurrido ahí fuera.

—Me gusta, pero no debes traicionarte. Un hombre que te despreció por correr una aventura, no merece un sitio en tu corazón…

—Ya lo eché fuera de él. Lo que dije durante aquel cumpleaños es cierto. Te repito que Forester no significa nada para mí. Pero, óyelo, bien, tú tampoco.

—Bueno —sonrió Jim—. Sólo me interesa que tu corazón esté vacante… Sí, señor, me basta por ahora…

—Será mejor que te des una vuelta por la sala de juego.

—Ya voy.

Se inclinó sobre Letty para besarla en la boca.

—No, Jim —dijo ella, apartando la cara.

—Debo seguir siendo un buen chico, ¿verdad? —dijo Andrews sin perder la sonrisa, y salió de la habitación.

Al quedar a solas. Letty se dejó caer en un sillón.

¿Había sido sincera con Jim Andrews? Sí, claro que sí. Cinco

años atrás, Clem Forester la había herido, la había destrozado y tardó mucho tiempo en sobreponerse. Pero tenía una fácil explicación.

Ella entonces era demasiado joven.

Forester fue su primer amor.

¿Cómo podía decir el primero si después no hubo otro?

Se había recubierto de una coraza y prometióse a sí misma que ningún otro hombre sería capaz de traspasarla.

Había cumplido su palabra.

No, no había amado a nadie en particular desde que ocurrió aquello.

Para ella, un hombre sólo podía significar una posibilidad de ganar más dinero.

Cada individuo era una bolsa, y había bolsas grandes y pequeñas.

De repente, llamaron a la puerta y apareció uno de sus empleados, Hardie.

—Señorita Boyd, un hombre quiere hablar con usted.

—No estoy para visitas.

—Ya estuvo aquí antes. Se llama Clem Forester.

Letty sintió un escalofrío por la espalda.

—Dile que no estoy visible.

Pero en aquel momento Forester se dejó ver detrás de Hardie.

El empleado arrugó el ceño.

—Eh, usted, ¿no le dije que esperase?

Letty intervino:

—Déjalo. Puedes marcharte.

Hardie dio un gruñido y salió de la estancia, cerrando la puerta.

Los dos jóvenes se miraron y ella dijo:

—Continúas poniendo en práctica tus trucos para salirte con la tuya, ¿verdad, Clem?

—Tengo necesidad de hablar contigo.

—¿Cuál va a ser el tema?

—El asalto al Banco Agrícola de Jefferson City.

La joven arrugó el ceño y de pronto se echó a reír.

—¡Qué tonta soy! ¿Cómo no lo pensé antes? Tu mujer, la Agencia Pinckerton, te envió aquí para investigar ese robo… Y tú, como un marido modelo, la obedeces.

—Te salió bien el sarcasmo. Pero suponiendo que la Agencia Pinckerton, fuese mi mujer, debo decirte que me divorcié… Trabajo por mi cuenta.

—Admitiendo que sea verdad, ¿qué es lo que quieres de mí?

—Según parece, tienes el mejor *saloon* de juego de la ciudad.

—Sí, y estoy orgullosa de él.

—Tengo razones para creer que los autores del asalto viven aquí, en Jefferson City.

—Ya has adelantado más que el *sheriff*, y sólo llevas un rato en la ciudad. Deben ser las sanas influencias de la Agencia Pinckerton.

—Letty, ¿no podemos ser amigos?

—Qué casualidad, hace unos momentos le decía yo lo mismo a un hombre.

—Pensé que si te hice daño, ya estarías curada…

—No seas jactancioso. Tú no me hiciste ningún daño.

—Me alegra saberlo.

—Te olvidé en unas semanas. ¿Lo oyes, Forester? Y también fui muy comprensiva… La Agencia Pinckerton te ofrecía más de lo que yo te podía dar…

—No era ése el problema, de modo que será mejor que no lo desenfoques… Te pedí que abandonases esta clase de vida, traspasases aquel *saloon* de Abilene. Yo tenía mil quinientos dólares y tú podrías conseguir otros tantos… Podríamos comprar un rancho y tendríamos un hogar, hijos… Tú no quisiste.

—Sólo te pedí continuar con el *saloon* durante un año. Se ganaba dinero. Era una estupidez que perdiésemos aquella oportunidad.

—Examina tu conciencia, Letty… ¿Qué habría pasado al cabo de un año si hubiésemos empezado nuestro matrimonio con el *saloon*? ¿Habrías renunciado a él como prometiste? ¡No!

—No puedes probarlo, detective.

—No, eso es cierto. No puedo probarlo porque nunca hicimos la experiencia. Pero podía leer en ti como en un libro abierto… Sólo te interesaba el dinero, y creo que no me equivoqué. Dejaste el negocio, pero ¿para qué? Para abrir otro. La Mujer de Oro… Ese nombre lo dice todo. Me parece escuchar tus palabras: «Lo único que importa en este mundo es el dinero, Clem, convéncete de ello. Nuestro amor es hermoso, pero sin dinero no podremos seguir adelante, Clem… He dado con un filón, ¿vamos a abandonarlo

cuando podemos ser ricos?».

—No hace falta que lo repitas. También lo recuerdo, y te he probado que tenía razón. Encontré un filón y lo exploté.

—Pero nunca has tenido bastante, tal como yo imaginaba. De todas formas, esta conversación no sirve. Cada cual siguió su camino. Yo logré lo que quería, y parece ser que tú también lo tienes…

—Sí, Clem, estamos en paz. No hay por qué excitarse.

—Celebro que seas tan comprensiva.

Ella levantó la barbilla.

—Volvamos al tema principal de tu visita. El asalto al Banco de Jefferson City.

—Sí Letty.

—¿Cuál es la primera pregunta, detective?

—Quizá has observado algo con respecto a alguno de los jugadores. Ya sabes a lo que me refiero. Alguien que, de pronto, se puso a manejar demasiado dinero.

—¿Has visto la sala de juego?

—Sí, le eché un vistazo antes. Tienes muchas mesas y una gran clientela. Debe dejarte buenos beneficios…

—Y por ello mismo resulta difícil controlar a los jugadores. Un hombre puede ganar varios centenares de dólares sin que yo me entere, y luego, a los pocos días, los puedes perder. ¿Le podría preguntar de dónde sacó los que se dejó en la mesa?

—Pensé que podrías tener un sospechoso.

La joven se quedó pensativa.

—Hay uno, pero no le debes dar demasiada importancia.

—¿Quién es?

—Vance Mac Geen.

—¿Qué pasa con él?

—Estuvo ausente del pueblo un par de semanas. Dijo que había ido a vender unas tierras que tenía en Kentucky.

—¿Sabía alguien que tenía esas tierras?

—Yo no.

—¿Y qué hizo Vance Mac Geen después de su supuesto viaje a Kentucky?

—Jugó y perdió.

—¿Mucho?

—Ya te he dicho que no lo puedo controlar, pero quizá perdió varios centenares.

—¿A qué juega?

—Sólo póquer.

—¿Buen jugador?

—No, todo lo contrario. He jugado algunas veces con él, y puedo hablar. No tiene madera. Es nervioso, irritable, las peores condiciones para ser un buen jugador.

—Creo que voy a hablar con Vance Mac Geen. ¿Dónde lo puedo encontrar?

# CAPÍTULO VI

Vance Mac Geen despertó con una gran resaca.

Había bebido mucho *whisky* la noche anterior.

—¡Rosie! —gritó.

No le contestó nadie.

Se levantó dando traspiés.

—Rosie…, condenada, ¿dónde estás?

Fue a la cocina y ya supo que Rosie se había ido. La condenada *girl* no lo había esperado para volver juntos al salón de juego de Letty Boyd.

Menos mal que había café hecho. Lo puso a calentar. Regresó al dormitorio y volcó el jarro de agua sobre la palangana.

El agua le sentó bien porque le despejó la cabeza.

Se estaba secando cuando oyó que la puerta se abría.

Pensó que sería Rosie y salió del dormitorio al *living.*

Pero no era Rosie, sino el *sheriff* George Bannon.

—Buenos días, *sheriff.*

—Son ya casi buenas tardes. Vance…

—Me dormí.

—Eres un hombre con muy malas costumbres. Vance. Jugador, pendenciero y mujeriego… Tres cualidades que nunca han servido para hacer una buena carrera.

—Eh, *sheriff*, parece que tampoco usted se levantó de buen humor de la siesta…

—Te equivocas. Me levanté de muy buen humor, pero luego se me agrió.

—Seguro que tuvo un altercado con su chica… A todos nos pasa lo mismo. Cuando creemos que vamos a tener el día más feliz, aparece una mujer y lo estropea. Disculpe, *sheriff*, pero tengo el café

en el fuego… ¿Quiere una taza?

—No, gracias.

Vance fue a la cocina y el *sheriff* Bannon lo acompañó.

Mac Geen se preparó el café. No lo azucaró demasiado. Un poco amargo resultaba mejor en las condiciones en que se encontraba.

—Vance, no te has comportado bien —dijo Bannon—. Se te hizo una advertencia y no la has seguido…

—Sé a lo que se refiere, *sheriff*, pero todo quedó arreglado.

—¿Tú crees?

—Fui a Kentucky a vender mis tierras, recuérdelo. El viaje duró más de dos semanas… Tomé las cosas con calma, luego vine aquí, y nadie tiene motivo para sospechar nada…

—Hasta ahora pasaron las cosas como tú dices. Pero se acabó nuestra racha de buena suerte.

—¿Qué quiere decir?

—Llegó al pueblo un detective de la Agencia Pinckerton.

—¿Qué…?

—Se llama Clem Forester, y es uno de los mejores sabuesos que tiene ese maldito coronel.

—¿A qué vino?

—La inteligencia no es tu fuerte, Vance.

—¿Quiere decir que la Agencia Pinckerton se ha encargado del caso?

—Seguro.

—Pero usted dijo que el presidente del Banco, el señor Morgan, nunca encargaría la investigación a gente de fuera.

—Sí, eso fue lo que él dijo, pero parece que cambió de opinión.

Vance dejó la taza de café sobre la mesa.

—Bueno, al fin y al cabo, seguimos conservando la ventaja. Usted es el *sheriff*. Podrá zancadillear a ese detective, ¿cómo dijo que se llamaba…? Ah, sí, Forester.

—Forester.

—Da lo mismo cómo se llame, *sheriff*. Usted lo atará corto.

—Es posible que tenga que atarlo corto, pero primero he querido ocuparme de ti…

—¿De mí?

—Has perdido mucho dinero en el *saloon* de Letty Boyd.

—No crea. No es mucho.

—¿Cuánto?

—Unos quinientos.

—En dos semanas, ¿eh?, y tú dices que no es mucho.

—No lo es, teniendo en cuenta que vendí mis tierras en Kentucky…

—Hasta ahora nadie investigó sobre eso, pero el detective de Pinckerton lo hará.

Vance Mac Geen se pasó la lengua por los labios.

—Comprendo. Lo que usted quiere decir es que me debo hacer humo.

—Debiste hacerte humo hace mucho tiempo. Vance.

—No se preocupe, *sheriff*. Diré que vuelvo a Kentucky. Estaré un mes por ahí… Para entonces, ustedes se habrán deshecho del detective de la Pinckerton.

—Ya es demasiado tarde para que hagas otro viaje, Vance.

—Oh, no debe decir eso…

El *sheriff* sacó el revólver. Lo hizo lentamente, sin darse mucha prisa porque Vance no tenía el «Colt» a la vista. Lo había dejado en su dormitorio.

—*Sheriff*… ¿qué va a hacer?

—No es cosa mía. Vance. El jefe lo decidió.

—No… Es absurdo… Usted no puede matarme… Yo los ayudé, fui quien sacó el molde de la cerradura. Gracias o mí pudieron entrar por la puerta trasera del Banco… Y fui uno de los cuatro hombres que tomaron parte en aquello… Me jugué la piel…

—La jugaste y la perdiste. Vance.

—¡No!

—Es como si tuvieses un *full* y alguien te hubiese sacado póquer. Así de sencillo. Vance.

—*Sheriff*, no tiene que preocuparse por mí, dígaselo al jefe… Tengo otra idea.

—¿Sí?

—No volveré. Así podrán estar tranquilos…

—Eso está bien. Vance. No vas a volver…

Bannon apretó el gatillo.

Se produjo el estampido y Vance retrocedió con una bala en el pecho.

Chocó contra la pared y agrandó los ojos.

—*Sheriff*… no tenía derecho a hacer esto…

—No. Vance, pero la vida es así —contestó el *sheriff*, y le mandó otra bala.

Mac Geen recibió el nuevo impacto cuando ya su vida se estaba nublando.

Se deslizó por la pared y cayó sentado en el suelo.

El de la placa abrió la puerta de la cocina y salió de allí. En aquel momento Forester estaba llegando a la casa de Mac Geen, el jugador excitable.

Oyó los estampidos y echó a correr.

Cruzó un jardín lleno de maleza.

Subió al porche y abrió la puerta sin llamar.

—Eh, señor Mac Geen…, ¿está ahí?

No oyó respuesta.

Abrió la puerta de un dormitorio y vio una cama deshecha. Pero tampoco había nadie.

Entonces olfateó el olor de la pólvora.

Ya no tuvo ninguna dificultad en llegar hasta la cocina.

Vio al hombre que estaba sentado en el suelo, apoyado en la pared.

Sus ojos estaban abiertos. Pero su mirada era fija. Forester oyó pasos en el porche.

Miró hacia la puerta de la cocina y vio entrar al *sheriff* Bannon con un revólver en la mano.

—Baje esa arma, Forester…

—No lo he matado yo. Acabo de llegar.

—Deme el «Colt».

Clem le dio el revólver y Bannon lo olió.

—Sí, no ha sido disparado.

Se lo devolvió a Forester.

Luego el *sheriff* miró a Vance Mac Geen.

—Pobre Vance… Morir de esta forma… ¿Qué quería de él, Forester?

—Vine para hacerle unas preguntas.

—No le comprendo.

—Perdió algún dinero en el salón de juego de Letty Boyd. Según parece, Vance había ido a Kentucky a vender unas tierras.

—Sí…

—¿No lo encontró sospechoso?

—¿Por qué había de encontrarlo sospechoso?

—Quizá Vance nunca tuvo esas tierras en Kentucky.

—Por ese sistema tendría que sospechar de la mayor parte de mis ciudadanos.

Forester sacudió la cabeza.

—Está bien, *sheriff*. Pero, dígame: ¿quién cree que habrá matado a Vance?

—Vance siempre ha llevado una vida irregular… A veces no se contentaba con jugar en el pueblo, se marchaba a otras ciudades… Tuvo oportunidad de conocer a muchas personas… Y ahora que lo pienso, quizá tenga usted razón con respecto a la falsedad de que había vendido unas tierras en Kentucky… Pudo ser uno de los salteadores.

—Sí, es posible, pero suponiendo que acierte, todavía quedan unos cuantos.

—Sólo dos, si tenemos en cuenta que restamos a Randolph Lane y a Vance.

Un hombre llegó a la cocina. Llevaba una estrella en el pecho.

Se quedó asombrado al ver al muerto.

—Demonios, si es Vance Mac Geen.

El de la placa. Bannon, dijo:

—Éste es uno de mis ayudantes, Jesse Gruber, Forester. ¿No querías conocer a Forester, el de la Pinckerton, Jesse?

—Caramba, lo quería conocer, pero no en estas circunstancias. No me digan que Vance se suicidó.

Forester esbozó una sonrisa.

—No, Jesse. Nadie se pega dos tiros en el corazón. Eso resultaría un poco difícil.

—Casualmente, me encontré con Rosie. Creo que ella pasó aquí la noche.

—¿Quién es Rosie? —preguntó Forester.

—Una *girl* que trabajaba en el *saloon* de Letty.

—Ocúpate de Vance, Jesse —dijo Bannon—. Voy a interrogar a Rosie. ¿Me acompaña, Forester?

—Sí.

El *sheriff* y Clem salieron de la casa.

Se había aglomerado gente en la calle.

De entre el grupo se destacó un hombre de cabello blanco, de unos cincuenta años y aspecto honorable.

—¿Qué ocurrió, *sheriff*?

—Vance Mac Geen fue asesinado, señor Morgan.

—¡Dios mío, parece que entró en el pueblo la mala suerte…!

—A propósito, señor Morgan: le presento a Clem Forester.

Trabajó para la Pinckerton, y ahora quiere recuperar el botín del asalto.

El señor Morgan miró a Forester con curiosidad.

—Bien venido, señor Forester.

—Me disponía a visitarle en el Banco, señor Morgan. Quería que me diese algunos informes.

—Puede venir cuando quiera.

—¿Le parece bien dentro de media hora?

—Sí, desde luego.

El *sheriff* y Forester reemprendieron el camino hacia el *saloon* de Letty Boyd.

—¡Eh, Rosie! —gritó de pronto el *sheriff*.

Una mujer que cruzaba la calle volvió la cabeza.

Bannon y Forester llegaron ante ella.

Rosie era rubia, de nariz pecosa.

—¿Qué pasa, *sheriff*?

—¿Cuándo te separaste de Vance Mac Geen, Rosie?

—Hace un par de horas. Pero él no se dio cuenta.

—¿Por qué no?

—Vance dormía. ¿A qué viene la pregunta, *sheriff*?

—Vance fue asesinado. Le pegaron dos tiros.

Rosie se tambaleó y habría caído si Forester no la hubiese sujetado por el brazo.

La muchacha se llevó una mano a la cabeza.

—No puede ser…

—Rosie —dijo Forester—, ¿quiénes fueron los cómplices de Vance en el asalto al Banco Agrícola?

La joven miró perpleja a Forester.

—No comprendo nada de lo que dice, señor… ¿Vance robó al Banco?

—Sí, estoy seguro de que fue uno de los cuatro salteadores… Quizá te dijo algo acerca de ello…

—¡Oh, no, nada…! Ni una palabra.

—Bueno, quizá hizo algún comentario acerca de un negocio que había realizado recientemente.

—Sí, se refirió a la venta de sus tierras en Kentucky.

Forester dio un suspiro y miró al *sheriff*.

—No sirve para nada.

Bannon dijo a la *girl*:

—Gracias por todo. Rosie. Ya te puedes marchar… ¿Toma un trago conmigo, Forester? —invitó el de la placa cuando la joven se hubo alejado.

—Quiero hablar con Morgan.

—Es una pena que Vance no dijese nada a Rosie.

—De todas formas, creo que cobraré los dos mil ochocientos dólares.

El de la placa entornó los ojos.

—¿Sabe algo más del asalto, Forester? ¿Algo que está silenciando?

—Sí.

—¿Qué es?

—Son hipótesis y el coronel Pinckerton me enseñó una cosa muy importante; que cuando uno solo tiene hipótesis, debe callárselas… Hasta luego.

Forester se apartó del *sheriff* Bannon.

Poco después era introducido en el despacho de Jake Morgan, el presidente del Banco Agrícola.

—Siéntese, señor Forester.

—Gracias.

—¿En qué puedo servirle?

—Quiero que me cuente cómo ocurrió el asalto.

—¿No lo sabe?

—Sí, pero quiero oír su versión.

—Está bien. ¿Un cigarrillo?

—No, gracias.

Jake Morgan encendió un cigarrillo y tras lanzar un chorro de humo, dijo:

—Eligieron la hora del cierre. Bueno, sólo faltaban un par de minutos… Entraron por la puerta trasera… Hay un corredor que da directamente a la oficina donde trabajan los cinco empleados…

Eran cuatro los salteadores. Tenían las caras cubiertas con pañuelos y también se cubrían con un guardapolvo, como el que usan los almacenistas, de un color oscuro. Sus sombreros también eran iguales, sombreros usados, de un color marrón desvaído… Tres se quedaron con los empleados y uno vino directamente aquí… Me hizo salir fuera. En aquel momento sólo había un cliente en el Banco, la señora Nancy Newton. Se había llegado para ingresar cinco dólares, un donativo del alcalde. La señorita Newton tenía una cuenta para sufragar obras de caridad… Dos de los salteadores llevaban bolsas. No pasó nada al principio. Fueron haciéndose cargo del dinero. De pronto, nuestro cajero, Len Asher, sacó un revólver del cajón… No debió hacer eso… Uno de los pistoleros le pegó un tiro en la cabeza… Murió en el acto… La señorita Newton también perdió la serenidad al oír el disparo… Echó a correr hacia la calle… El mismo salteador hizo fuego… Vi cómo la señorita Newton se desplomaba antes de llegar a la puerta. También murió en pocos segundos, porque la bala partió la espina dorsal… Los salteadores no pudieron seguir allí porque los tiros atraerían a la gente… Por eso no se llevaron más dinero… Nos obligaron a tendernos en el suelo y ellos escaparon por el mismo camino que habían traído.

—¿Qué me dice de sus voces?

—Sólo hablaron dos… Pero no supe reconocerlos. Tenga en cuenta que el pañuelo les cubría la cara.

—Sí, me hago cargo.

Forester se levantó.

—Me alegro de que se ocupe usted del caso —dijo Morgan, poniéndose también en pie.

—Le devolveré su dinero, excepto el que los salteadores hayan gastado, señor director.

Morgan apartó el cigarrillo de los labios.

—Habla con mucha seguridad, señor Forester.

—Tengo motivos para hacerlo.

Morgan esbozó una sonrisa.

—¿Cuándo me devolverá el botín?

—Eso no se lo puedo decir. Pero quizá sea pronto. Hasta la vista, señor Morgan.

Clem salió del Banco y vio venir a su encuentro al *sheriff* Bannon.

—Eh, Forester, quiero decirle algo muy importante. Ni usted ni yo nos dimos cuenta.

—Sé a qué se refiere, Bannon.

—¿Sí?

—Usted piensa que Vance fue asesinado por Randolph Lane.

—Claro.

—Usted ha imaginado que Randolph Lane y Vance pelearon. Quizá Randolph escapó por sus propios medios de la penitenciaría de Sanford. Lane se dio cuenta de que sus cómplices lo iban a dejar morir en la horca y ahora les está ajustando las cuentas, a la vez que se apodera de la parte de cada uno de ellos en el botín.

—¿No le parece buena idea?

—Lo sería en determinadas circunstancias.

—¿Qué circunstancias?

—Por ejemplo, si Randolph Lane fuese realmente uno delos cuatro salteadores.

El *sheriff* frunció el ceño.

—¿Es que no cree que Randolph Lane fuese uno de los salteadores?

—El coronel Pinckerton me enseñó otra cosa. Recomendaba a sus agentes que sólo se fiasen de las investigaciones personales. Que cuando se encontraran ante un caso lo investigasen desde un principio, y que rechazasen cualquier indicio o supuesta prueba que pudiera existir. Según el coronel Pinckerton, la culpabilidad de un hombre era algo muy importante que se debía fundamentar sin dar lugar a ninguna duda… Hasta luego, *sheriff*.

Bannon vio alejarse a Forester.

Durante los últimos minutos había sentido crecer el odio contra aquel hombre. ¿Quién se creía que era?

Se dijo que quizá las balas que puso en marcha poco antes no habían servido para nada y que mejor hubiese sido dirigirlas contra Clem Forester.

## Capítulo VII

Hilda Lane fumaba un cigarrillo, tendida en la cama.

Se había inscrito en aquel hotel de ínfima categoría con el nombre de Julie Mayer, tal como había acordado con Forester.

También había cumplido el segundo requisito. El dueño de un *saloon* con clientela vulgar la había contratado.

Aquella noche empezaría su trabajo como cantante y bailarina.

Bien, ya era hora de marcharse.

Invirtió quince minutos en vestirse y arreglarse frente al espejo.

Finalmente, abandonó su cuarto.

El local estaba lleno de un público chillón.

Había muchos ebrios.

Mientras cantaba tuvo que pegar unos cuantos zarpazos a los clientes que pretendían atraparla.

Eso provocó protestas, aunque también risas.

Cuando terminó su número, el dueño la hizo llamar.

Era un tipo lleno de grasa, con doble papada, y mostacho espeso que le cubría casi la boca.

—No me gustó su actuación, señorita Mayer.

—¿Cree que no tengo buena voz?

—No hablo de su voz, sino de sus modales.

—¿Qué les pasa?

—Debe ser un poco más simpática con los clientes.

—Si hubiese consentido que uno de esos hombres me pillase, habría acabado el número.

—Pero habría sido muy cómico.

—No espere eso de mí.

—Entonces va a durar aquí muy poco tiempo.

—No me contrató como *girl*, sino como artista.

—Oye, nena —la tuteó—, en este local cada cual hace de todo. Yo soy el dueño, y cuando tengo que servir una mesa, la sirvo, de modo que baja los humos.

—Lo procuraré.

—Así está mejor.

En aquel momento se acercó un mozo.

—Hay un cliente que quiere verla, señorita Mayer.

—¿En qué mesa?

—No está en el *saloon*, sino en un reservado.

—Vaya —dijo el dueño—. Parece que tienes mérito, aprovéchalo y llegarás a viejecita con una buena bolsa.

Hilda sintió ganas de escupir a la cara del gordo, pero recordó a tiempo por qué había ido a Jefferson City.

—¿Cuál es el reservado? —preguntó al mozo.

—El número tres.

Hilda Lane se dirigió a los reservados. Cruzó por un corredor y se detuvo ante la puerta número tres, llevándose las manos a la altura de las caderas.

Fue a llamar, pero se dijo que allí no había reglas para la buena educación.

Abrió y entró. No había nadie al frente.

De pronto Unos brazos la tomaron por detrás y sintió una boca en su cuello.

—¡Suélteme…! —gritó revolviéndose.

Se quedó inmóvil al ver a Randolph delante de ella.

—Hola, nena.

Hilda se echó en sus brazos. Se besaron en la boca.

—Randolph, abrázame muy fuerte para que lo pueda creer.

El hizo lo que ella le pedía.

Luego, Hilda lo besó repetidamente en la cara.

Randolph sonrió y la apartó tomándola por los brazos.

—Hemos de darnos prisa, Hilda.

—¿Para qué?

—Para marcharnos. Sabía que viajarías a Jefferson City. Por eso vine yo también.

—¿Dónde estuviste escondido?

—En una cabaña de las afueras… Esperé a que fuera de noche para salir… Llevo dos noches haciendo el viaje al pueblo. Sabía que

cambiarías de nombre… Pero tenía que arreglármelas para que no me viesen… Bueno… Ya te contaré por el camino… Ahora hemos de irnos cuanto antes.

—¿Adónde quieres que vayamos?

—No pararemos hasta llegar a México.

—¿Es que quieres continuar siendo un fugitivo?

—No me han dado opción para ser otra cosa.

—Ahora todo va a cambiar.

—¡Oh, sí, cambiarán! Si me atrapan, me llenarán de plomo… Ya no acabaré en la horca…

—No me refería a eso. Contraté a un detective de la Pinckerton… Bueno, ya no trabaja para ellos. Se llama Clem Forester. Está aquí, en Jefferson City.

—¿Por qué hiciste eso?

—Para demostrar tu inocencia.

—Eso es lo más absurdo que he oído en mi vida.

—¿Por qué es absurdo?

—No podrá demostrar nada.

—Tengo mucha confianza en él. Es un hombre inteligente y no tiene miedo a nada.

—A pesar de ello, se estrellará contra un muro.

—Debes tener confianza en él como se la tengo yo.

—No seas ingenua. Hilda. Si nos quedamos aquí, sólo conseguiremos una cosa, que me maten… No te puedes imaginar la clase de infierno que he pasado… Había momentos, en los que creía que no vendrías…

—Randolph, te quiero…

—Yo también te quiero a ti. Los dos nos necesitamos… ¿Trajiste dinero?

—Si…

—Entonces, llegaremos a México. Nadie podrá oponerse.

—Randolph, no podemos huir. Defraudaríamos al señor Forester.

—Oye, Hilda, ese hombre, por muy inteligente que sea, no tiene que ver con nosotros.

—¿Cómo puedes hablar así? Está trabajando para demostrar que no tuviste ninguna relación con el asalto.

—Pero lo hará por dinero.

—Forester siempre ha trabajado para que se haga justicia.

—Claro, a cambio de fin sueldo… Anda, dime, ¿cuánto le pagas tú?

—Le di cien al contado, y le pagaré cuatrocientos más cuando haya probado tu inocencia.

—¡Quinientos dólares! ¿Es que no lo ves? Ése es su interés en el caso.

—Lo sé, Randolph, lo sé… Pero tienes que quedarte.

—¿Dónde? ¿En esa cabaña, a la espera de que alguien me descubra?

—El señor Forester se está dando mucha prisa. Lo he visto ir de un lado a otro del pueblo… Habló con el *sheriff*. También lo vi entrar en el Banco… Mataron a un hombre, y según lo que oí, parece que fue uno de los salteadores… Han empezado a ocurrir cosas, Randolph… Para ello solo bastó que apareciese el señor Forester.

—Terminarán por matarlo también.

—Te repito que tengo confianza en él.

—Ya lo has oído. Si no vienes conmigo, tendré que irme solo. No quiero morir.

—Por favor, Randolph, no lo hagas.

—Hilda, no podré soportar la soledad de aquella cabaña… Me escapé de la cárcel, ¿es que no te das cuenta…? Herí a un guardia. Tengo un revólver, se lo robé a uno de ellos… Si alguien se acerca a la cabaña, tendré que matarlo.

—No, Randolph, no…

—Tengo que luchar por mi libertad. ¿O es que pretendes que me entregue?

—Quizá nadie vaya por esa cabaña. Tú mismo has dicho que está abandonada.

—Pero todos están enterados de mi fuga… El *sheriff* puede organizar una batida… Se le ocurrirá en cualquier momento. ¿No han matado a ese tipo que dicen que era uno de los salteadores? Seguro que me han echado la culpa.

Hilda se mordió el labio inferior.

Randolph dijo:

—Es eso, ¿eh? ¿Por qué te lo callaste? También me han acusado de la muerte de ese fulano. Confiésalo.

—Sí.
—Y tú quieres que me quede…
—Sólo para que sepan que eres inocente.
—Eso no ocurrirá nunca.
—Por favor, Randolph… Sólo un día más… Quédate en esa cabaña hasta mañana a la medianoche. Si el señor Forester no ha solucionado este problema, me iré contigo.
—Prométela.
—Te lo juro.
Randolph apretó los puños.
—Una voz interior me dice que estamos cometiendo un grave error… Si escapásemos ahora, tendríamos más probabilidades que mañana.
Ella se abrazó a él y lo besó.
Randolph la estrechó contra sí.
—Voy a pensar mucho en ti, Hilda.
—Yo también en ti —le sonrió ella.
—Ahora debo marcharme.
—Un minuto más…
Permanecieron abrazados, en silencio.
Finalmente, él se apartó.
—No volveré al pueblo… La cabaña está al oeste… Tienes que cruzar el río, por donde hay muchos álamos… Luego subes por una colina. La cabaña está a la otra parte, en un desfiladero… Tendremos que comprar dos caballos. No tendrás dificultades. Cuando sepan para qué han de servir, estaremos ya demasiado lejos… Recuérdalo, mañana a la medianoche.
—Sí, Randolph. Iré contigo, si para entonces Forester no ha logrado probar tu inocencia.
—No lo hará… Yo no tengo fe en ninguno de mis semejantes, excepto en mi esposa.
La besó otra vez y salió del reservado.
Hilda se dejó caer en una silla.
En muy poco tiempo había sufrido grandes emociones.
Un corazón humano podía resistir muchos golpes, incluso la pérdida del ser más querido.
Pero ¿qué haría ella sin Randolph?
Siempre había estado dispuesta a sacrificarse por él. Lo había

hecho con fervor, y cuando estuvieron separados, siempre tuvo la esperanza de recuperar a su marido.

Pero ahora había lanzado una moneda al aire. Todo dependía de qué lado cayese. O lo perdía o lo recuperaba para siempre.

## CAPÍTULO VIII

Hilda se disponía a salir del reservado.

Abrió la puerta, pero ya no llegó a dar un solo paso.

—Hola —dijo Clem Forester.

—Perdone, tengo que trabajar… Sólo interpreté un número, y me llegó el turno de hacer el otro.

—Terminaremos en seguida.

Forester entró en el reservado y cerró la puerta a sus espaldas.

—¿Con quién estuvo aquí, Hilda? —preguntó.

—Con un cliente… Era un tipo pesado… Estaba deseando que se marchase… Por fin lo he conseguido…

—¿Dónde está Randolph?

—¿Randolph? No lo sé. Todavía no ha aparecido. Estoy pensando que quizá nos equivocamos.

—¿Usted cree?

—Seguro que continuó su huida.

—¿Hacia dónde?

—¿Cómo quiere que le conteste a eso?

Forester dejó correr unos segundos.

—¿Por qué no me mira a los ojos, Hilda?

—Claro que le miro a los ojos…

—¿Por qué me engaña?

—Déjeme salir. Por favor…

—Randolph ha estado aquí. Ha hablado con usted…

—No me pregunté más, señor Forester. No me encuentro bien… No estoy acostumbrada a esta clase de trabajo… Siempre he trabajado en teatros, sobre un escenario al que no puede llegar el público…

—No haga eso. Hilda.

—¿A qué se refiere?

—Usted lo sabe bien. Piensa huir con Randolph.

Ella se echó a reír.

—Se cree un gran detective, pero esta vez falló.

—Me gustaría equivocarme.

—Soy su cliente, y no me puedo ir hasta que haya terminado su trabajo…

—Es mejor que sea así y no lo digo por el dinero que voy a cobrar. Es por su bien y por el de Randolph. No cometan una tontería, Hilda. Si lo hiciesen, se estarían arrepintiendo toda la vida.

—Puede estar tranquilo.

—¿De verdad no tiene nada que decirme?

—No.

—Está bien. Ya me voy… Estoy en el hotel Lafayette. No hace falta que me diga dónde se aloja usted. Ya lo sé… Buenas noches.

Poco después, Forester se encaminaba a la calle.

Otra vez estaba furioso.

Sabía que la señora Lane lo engañaba.

Era evidente que Hilda había visto a su marido.

Pero ella no se lo quería decir y eso significaba un cambio con respecto a sus planes.

Se estaba dando mucha prisa en resolver el caso, pero ¿lo terminaría a tiempo de impedir que los esposos Lane cometiesen un error?

Decidió ir al *saloon* de Letty Boyd.

Tenía la impresión de que en el local de Letty podía encontrar información acerca del asalto.

¿O estaría equivocado y sólo deseaba ir al *saloon* para ver a Letty?

Estaba cruzando una esquina cuando alguien surgió por detrás.

Llevó la mano al revólver, pero ya era demasiado tarde.

Un cañón presionó sobre su espalda.

—Cuidado, señor Forester —le dijo una voz ronca.

—¿Quién es usted?

—No me conoce.

—Diga su nombre y lo conoceré.

—Ya lo sabrá.

Forester sintió que el hombre le quitaba el revólver de la funda.

—¿Qué quiere?

—También lo va a saber muy pronto… Ande, dé la vuelta y camine por el callejón.

—Es usted convincente.

Forester se dijo que no hacía falta que el otro le explicase sus intenciones.

El fulano debía ser un asesino profesional, alguien que había recibido dinero para realizar aquella ejecución.

Y la víctima era él, Clem Forester, ex detective de la Agencia Pinckerton.

Siempre había estado preparado para eso. Para morir.

Como empleado de la agencia de investigaciones debía estar listo para el fatídico segundo en que una bala le arrancase la vida.

El propio coronel lo decía una y otra vez.

Las palabras del viejo repercutieron en su mente: «Tengan cuidado, muchachos. Un agente de la Pinckerton, es uno de los hombres más odiados del país. Y ese odio ciega a nuestros enemigos. Cualquiera de ustedes, en el lugar más insospechado, puede encontrarse con la muerte. Cualquier noche, en cualquier esquina…».

El se había librado de muchas esquinas.

Pero no de aquélla de la calle Mayor de Jefferson City.

¿Cómo se llamaría el callejón? Unas veces tenían nombres poéticos, y otras no lo eran tanto porque formaban parte de zonas sucias y malolientes de la ciudad.

Bueno, ¿qué importaba dónde uno moría?

Ya había dado seis pasos por el callejón.

El revólver del fulano le seguía presionando la espalda.

Su asesino dispararía de un momento a otro.

A él nunca le había gustado el papel de víctima, de res que llevasen al desolladero.

Hizo un movimiento con el brazo.

Tenía que ser rápido, más que en ningún momento de su vida.

Durante un segundo esperó oír el disparo.

Pero no se llegó a producir.

Atrapó la muñeca armada de su verdugo.

Los dos cayeron al suelo.

Fue entonces cuando sonó el estampido.

El fogonazo quemó la cara de Forester.

Entonces vio a su adversario.

Era un tipo de cejas espesas y nariz chata, un tipo muy fuerte que trataba de mover el revólver para meterle un proyectil en el pecho.

Puso en juego toda su fuerza.

El cañón se fue moviendo poco a poco hacia el pecho Je Forester, muy cerca del corazón.

Vio en la cara de su rival una sonrisa.

—No te escaparás. Clem —oyó que decía.

Estaba en una situación desventajosa porque había quedado debajo del asesino.

De pronto, Clem dio un tirón fuerte agregando su potencia a la del forajido.

Pilló de sorpresa al rufián, que cayó de cabeza.

Casi en seguida se produjo el segundo disparo.

El hombre de las cejas espesas lanzó un aullido.

Forester le arrebató el revólver de las manos con facilidad.

Su antagonista tenía un boquete en el vientre, por el que mostraba los intestinos.

—¡Mátame, Clem! ¡Date prisa! ¡Mátame…!

Clem nunca había matado a un hombre herido aunque se lo pidiese.

—¿Quién te pagó?

—¿Qué importa eso ahora? ¡Quiero que me mates! ¡Me abrasan las tripas…!

—Necesito saber quién es tu patrón.

—Promete que luego me matarás.

—No hago promesas de esa clase.

La cara del hombre estaba llena de sudor, respiraba jadeante.

—Habla, ¿quién te dijo que me matases?

Se oyó ruido de carreras por el callejón.

—Dilo, muchacho…

Los labios del moribundo temblaron.

—Jim Andrews…

En aquel instante se oyó la voz del *sheriff* Bannon.

—¿Qué ha pasado aquí?

Forester se levantó.

—Este hombre me quiso asesinar… Me estaba esperando en la esquina.

—Máteme usted… —gritó el herido—. Lo prometiste, Clem.

—¿A qué se refiere? —preguntó el de la placa.

En aquel momento el asesino lanzó un grito y se relajó, dando el último suspiro.

—Estaba desvariando —dijo Clem—. Nunca había visto hasta ahora a este hombre. ¿Lo conoce usted, *sheriff*?

—Sí.

—¿Quién era?

—Un tipo de mala catadura… Había sufrido varias condenas… Su nombre era Peter Temple… ¿Tuvo alguna cuestión con usted?

—No. Ya le he dicho que lo vi por primera vez.

—¿Trata de sugerir que alguien lo pagó para que lo matara?

—Es posible.

—¿Quién?

—No tengo la menor idea, *sheriff*. ¿Puedo marcharme?

—Sí. Desde luego. Pero yo, en su lugar, me encerraría en el hotel.

—Eso haré. Gracias por su consejo. Pero antes recuperaré mi revólver.

Se agachó sobre el cadáver y tomó su «Colt».

Hizo un saludo al *sheriff* con la mano y salió del callejón a la calle Mayor.

Quería estar sereno, aunque eso era bastante difícil de conseguir.

Encendió un cigarrillo antes de entrar en el *saloon* de Letty Boyd.

Ahora había más peligro que por la mañana, y también la sala de juego ofrecía mejor aspecto.

Un empleado se le acercó.

—¿Fichas para la ruleta, señor?

—Me citó el señor Andrews. ¿Dónde lo puedo ver?

—En su oficina… Está al fondo a la izquierda.

Forester anduvo en la dirección que el empleado le señaló.

Abrió la puerta sin llamar.

Jim Andrews estaba tras de una mesa, escribiendo.

Alzó los ojos, y al ver a Clem, su rostro no se inmutó.

—¿Quería algo?

—Sí. —Forester cerró la puerta y se encaminó hacia la mesa.

—¿De qué se trata? —preguntó Andrews.
—Quiero darle cuenta de una queja.
—Hable.
—Hace un rato intentaron asesinarme…
—¿En la sala de juego?
—Usted sabe dónde, Andrews.
—No le comprendo, señor Forester.
—¿Me conoce?
—Claro. Lo conocí apenas entró esta mañana en nuestro local. Y también Letty me estuvo hablando de usted.
—Entonces, dígame, ¿por qué contrató a Pete Temple?
—¿Pete Temple? ¿Quién es?
—El asesino que usted alquiló para que me retirase de la circulación.
Jim Andrews se echó a reír.
—¿Qué clase de broma es ésta, señor Forester?
—Pregunté a Pete Temple quién le había pagado y me dijo que Jim Andrews.
—Pete Temple le mintió.
—No, Andrews, un moribundo nunca miente.
—Siempre hay excepciones a la regla, y usted como agente de la Pinckerton lo sabe.
Forester rodeó la mesa.
Jim Andrews supo lo que iba a ocurrir.
Se levantó de un salto tirando del revólver.
Pero Forester no le dejó sacar.
Le pegó con el filo de la mano en el hombro derecho. El efecto fue fulminante.
Andrews soltó un aullido y se dejó caer en la silla.
El brazo de que se servía para desenfundar lo tenía completamente paralizado.
Ahora Clem se inclinó sobre Andrews y lo atrapó por el cuello de la camisa.
—Andrews, ¿por qué hizo eso?
Jim Andrews hizo rechinar los dientes.
—¡Váyase al infierno, Forester!
—¿Qué me dice del asalto al Banco Agrícola?
—No tuve nada que ver con eso…

—Vine aquí para realizar la investigación del asalto y usted pagó a Pete Temple para que yo no siguiese adelante.

En aquel instante se oyó la voz de Letty Boyd.

—Te equivocas, Clem.

Forester volvió la cabeza y vio a Letty Boyd, que acababa de entrar en la habitación.

—¿En qué parte me equivoco, Letty?

—Si Andrews pagó a Pete Temple para que te matara, no lo hizo para impedir que investigases el asalto.

—¿Por qué lo hizo entonces?

—Por mí.

—¿Qué?

—Me quiere, y me ha pedido varias veces que sea su esposa. Siempre le he contestado negativamente. Andrews cree que el obstáculo que se interpone entre él y yo se llama Clem Forester.

Forester dio un tirón de Andrews, sacándolo de la silla.

Luego le pegó un puñetazo en la boca.

Andrews se estrelló contra la pared.

Quedó conmocionado, pero no llegó a caer.

Su labio inferior estaba partido y la sangre le caía por la barbilla.

Letty Boyd exclamó:

—Eres un bruto, Clem.

—Conque sí, ¿eh? El contrató a un tipo para asesinarme… ¿Qué quieres que haga, que le dé las gracias?

Ante la lógica de las palabras de Forester, Letty guardó silencio.

Forester clavó sus ojos curiosos en el rostro de Andrews.

—No lo intente otra vez. Jim. Si lo hace, le juro que lo mataré.

Dio media vuelta y echó a andar para salir de la habitación.

—Espera, Clem —dijo Letty.

—¿Qué quieres?

—Será mejor que no vuelvas por aquí.

Una sonrisa de ironía distendió los labios de Clem.

—Estoy investigando un delito, Letty… Si las cosas me obligan a venir aquí, volveré… Pero no tienes que preocuparte; no habrá ningún otro motivo.

Luego Forester salió de la habitación.

Letty respiró agitadamente. Las últimas palabras de Clem le

habían herido hasta la última fibra de su ser.

En aquel momento oyó a Andrews a su espalda.

—La próxima vez no fallaré.

—¿Qué dices?

—Lo voy a matar.

—Tú te vas a estar quieto.

—¿Es que no ves lo que hizo conmigo? Jamás nadie me había humillado tanto…

—Tú te lo buscaste al contratar al asesino. Nadie tiene derecho a quitar la vida a otra persona…

—Dijiste que habías olvidado a ese hombre, y no es verdad… Le quieres.

—No digas tonterías…

—Le amas. Estás enamorada de él…

—Eso ocurrió cuando yo era una chiquilla… Ahora soy una mujer…

—Estás deseando que él te mire, que él te hable, que él se te acerque…

—¡Son suposiciones tuyas, Jim! ¡Te prohíbo que sigas hablando de este asunto!

—Como tú quieras.

—Será mejor que te cures —dijo Letty—. Te enviaré a Rick.

Salió de la oficina.

Jim Andrews sintió todo el odio del mundo en su pecho.

Era cierto, había jugado y perdido, pero la partida no estaba terminada. Todavía tendría una oportunidad para el desquite…

## CAPÍTULO IX

El *sheriff* Bannon vio entrar en la oficina a su ayudante Jesse Gruber.

—¿Dónde te metiste, Jesse?

—Fui a ver a María.

—Te dije que no salieses del pueblo. En tu ausencia mataron a un hombre.

—Me lo acaban de decir. El sabueso de la Pinckerton eliminó a Pete Temple. Parece que el señor Forester es muy impopular en nuestra ciudad…

—Las cosas se están complicando mucho.

—¿No me va a preguntar por mi trabajo?

—Sí, claro. Es que estoy muy preocupado.

—Nadie compró caballos en los establos, y tampoco llegó ningún desconocido a la ciudad…

—Qué grandes noticias me das.

—Si quiere saber mi opinión, le diré una cosa, jefe. Está equivocado. Randolph Lane no está en Jefferson City.

—Tiene que estar.

—¿Por qué?

—¡Porque lo digo yo! Es posible que no se encuentre en la ciudad, pero seguro que está en los alrededores…

—¿Tiene alguna pista, *sheriff*?

—Sí, tengo una.

—¿Cuál?

—Clem Forester.

—¿Quiere decir que Forester está en combinación con Randolph Lane?

—He pensado mucho en el asunto y llegué a la conclusión de

que tiene que ser eso…

—Forester le ha dicho que sólo se metió en el asunto por recuperar el botín y yo creo que es una buena razón. Dos mil ochocientos dólares no se encuentran fácilmente…

—Ese tipo me está poniendo nervioso… No estaría mal que te ocuparas de él.

—¿Yo de Forester?

—Sí, eso he dicho.

—No puedo.

—¿Por qué no, Jesse?

—Yo le daré la respuesta. Pete Temple quiso también acabar con él y vea dónde está ahora. Criando gusanos.

—Pete Temple era un estúpido.

—Era un asesino profesional.

—Jesse, soy tu jefe, y te puedo dar órdenes.

—Espere un momento, *sheriff*… Yo intervine en aquello y sólo me dieron tres mil dólares. Usted prometió que no se derramaría sangre y hubo dos muertos.

—¡Estúpido! Cierra la boca…

—Lo único que me consuela es que yo no maté a nadie…

El *sheriff* se plantó delante de Jesse y le soltó una bofetada.

Jesse retrocedió hacia la pared.

—Jesse tú estás metido en todo esto —exclamó el *sheriff*—. Y te voy a recordar algo… Aunque tú no apretases el gatillo, eres tan responsable como yo de las muertes… Deberías saberlo porque eres un ayudante del *sheriff*… Si nos atrapasen, ¿crees que diría que fui quien hizo los disparos? No, Jesse, quítatelo de la cabeza… Y nadie podrá desmentirme. Llevábamos las caras cubiertas con pañuelos. Ningún testigo puede decir que yo puse en camino las balas.

Llamaron a la puerta.

—Adelante —dijo el *sheriff*.

Entró en la oficina, un hombre delgado, de mediana estatura, ojos negros. Se cubría con levita y chaleco floreado.

—¿Por qué vienes aquí, Fred? —preguntó el *sheriff*—. Te advertí que no pisases la oficina.

—Era necesario.

Fred Rickert era un agente de Bienes Raíces. Había ganado mucho dinero diez años antes vendiendo terrenos, después de

haberlos comprado a bajo precio. Pero se cruzó en su camino una rubia, una muchacha muy seductora, que durante tres años le sacó a Fred todo el dinero que quiso. Cuando dejó a Fred casi en la ruina, se largó con un *gun-man* que pasó por la ciudad.

Para consolarlo, los amigos dijeron a Fred que la rubia se había portado bien, ya que no pidió al *gun-man* que se cargase a su protector.

Fred había tenido abandonados sus negocios. Otros agentes de Bienes Raíces con nuevas ideas se habían instalado en la ciudad, mientras Fred se ocupaba de la rubia, y ahora le resultaba muy difícil volver a ser el que había sido.

—¿Por qué ha sido necesario que vengas, Fred? —preguntó Bannon.

—Lo vas a saber en seguida, George… —El agente de Bienes Raíces hizo una pausa para tirar la ceniza de su cigarrillo—. No me gusta cómo estás llevando el asunto.

—¿Cuál es la queja?

—Se supone que eres el *sheriff*, el amo de la ley.

—Lo soy.

—Entonces, ¿por qué infiernos has dejado que ese Forester vaya de un lado a otro husmeando como un perro de caza?

—Hasta ahora no logró nada.

—Yo no aseguraría eso. Tuviste que matar a Vance. Anda, dime; ¿por qué murió? Porque temiste que se fuese de la lengua y le cantara unas cuantas canciones a Forester.

—Fue una suerte para nosotros. Tenía que haber eliminado a Vance hace mucho tiempo, el primer día que se puso a gastar dinero en el *saloon* de Letty. Después de todo, Forester nos ha hecho ese favor, aunque me dio lástima tener que meterle unas balas a Vance.

—Claro, tú eres un sentimental —sonrió Fred.

—Las cosas están ahora mejor.

—No lo están, si Forester continúa yendo de un lado para otro.

—De acuerdo, Fred. No quería decírtelo, pero lo sabrás. Le estaba diciendo a Jesse que se encargase de quitarnos la molestia de

encima.

—Eso está bien.

—Pero Jesse dice que no quiere saber nada de eso.

Fred miró a Jesse y éste dijo:

—No me mancharé las manos de sangre.

Hubo un silencio en la estancia.

El *sheriff* Bannon dijo airado:

—Ya lo ves, te preocupas de tus amigos y, ¿con qué moneda te pagan ellos?

Fred se acercó a la mesa y golpeó el cigarrillo sobre el cenicero.

—George, cuando yo organicé el plan te pregunté si Jesse era de confianza y tú me dijiste que me respondías por él. Tengo la impresión de que te está haciendo quedar muy mal.

—Jesse ha cambiado desde la llegada de Forester. Le tiene miedo al famoso agente. Eso es lo que le pasa.

—En tal caso, tendré que ocuparme yo personalmente del sabueso.

—¿Qué vas a hacer, Fred?

—Será mejor que no lo sepas.

El *sheriff* se echó a reír.

—Bueno, me gustan las sorpresas de esa clase.

Fred Rickert aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero y se encaminó hacia la puerta.

Con la mano en el tirador, volvió la cabeza.

—Bannon, sería conveniente que le devolvieses la tranquilidad a Jesse. No me gustan las personas que pierden el control tan fácilmente.

—Descuida.

Fred hizo un gesto afirmativo y salió de la oficina.

Cuando la puerta se hubo cerrado, Bannon miró a Jesse.

—Lo estás echando a perder. Enfadaste a Fred.

—Oiga, jefe, quiero pedirle un favor.

—¿Qué favor?

—Que acepte mi renuncia.

El *sheriff* miró a su ayudante con las cejas enarcadas.

—¿Me vas a decir que ya no quieres ser mi ayudante?

—Lo siento, pero usted dijo la verdad. Tengo miedo de Forester… No lo puedo remediar, es algo más fuerte que yo mismo.

Cuando veo a ese tipo andando con tanto aplomo, cuando me mira, no puedo contenerme. Me siento como un flan. Quiero acabar de una vez con esto.

—Ahora no sabes lo que dices.

—Jefe, lo he pensado muy bien.

—Espera a mañana.

—Será mejor que lo decidamos ahora.

—¡Maldita sea, todavía soy tu jefe! ¡Y he dicho que lo dejaremos para mañana!

—Está bien, *sheriff*. Pero no piense que voy a cambiar de opinión.

Jesse se marchó por el corredor hacia el patio.

El *sheriff* Bannon se acercó al armario. Sacó una botella de *whisky* y bebió un largo trago.

Fred le había dicho que se encargase de Jesse y eso era algo que no podía eludir, tal como estaban las cosas.

Jesse era un peligro como lo había sido Vance.

Sí Forester lo atrapaba por su cuenta, todo se vendría abajo.

¿No lo acababa de decir el propio Jesse? Cuando Forester le miraba, se convertía en un flan.

Sabía lo que estaba haciendo ahora su ayudante. Sacaría agua del pozo para dar de beber a los caballos.

Era duro lo que iba a hacer, pero esencial para la seguridad de Fred y la suya.

Dejó la botella en la mesa y caminó por el corredor.

Sin hacer ruido, se deslizó hacia el patio.

Oyó ruido del cubo al golpear contra las paredes del pozo.

Jesse estaba inclinado, tirando de la cuerda.

Bannon se le aproximó por detrás. Sacó el revólver.

Jesse ya estaba a punto de atrapar el cubo cuando Bannon le golpeó con la culata del revólver en la cabeza.

Los movimientos del *sheriff* fueron rápidos, sin un titubeo.

Atrapó a Jesse por las piernas y lo empujó hacia el hueco del pozo.

Jesse no podía hacer nada por agarrarse. Había perdido el conocimiento.

Bannon lo dejó caer.

Se oyó un tremendo golpe en el agua, muy abajo. Luego, un

gorgoteo.

Finalmente, todo quedó en silencio.

Bannon dio un suspiro y enfundó el «Colt».

Empujó el cubo que había quedado en el brocal, que se derrumbó en el vacío.

Regresó a la oficina.

A veces uno tenía que hacer cosas desagradables, como disparar sobre el cajero Asher o sobre la señorita Newton, o sobre Vance, o tirar a un pozo a Jesse…

Agarró la botella y bebió un trago más largo que el de antes.

Fred haría el resto. Se iba a ocupar de Forester.

Todo saldría bien. No tenía por qué preocuparse. Pero resultaba curioso. El no había querido matar a nadie. Siempre pensó que el asalto al Banco lo podrían realizar sin hacer un rasguño a nadie.

Pero ya había matado a cuatro personas.

Eso sólo demostraba una cosa: Que el destino era capaz de jugársela a cualquiera.

# CAPÍTULO X

Forester entró en el hotel.

La pelirroja del registro le sonrió picarescamente mientras le entregaba la llave.

—¿Cuándo viene la mujer, señor Forester?

—¿Qué mujer?

—La que citó aquí, en su habitación.

—No hay ninguna mujer.

—Usted tiene cara de pillo, Forester… Seguro que se las ha arreglado para que la chica de turno llegue sana y salva a su cuarto… Un detective de la Pinckerton debe tener trucos para conseguir lo que desea.

—¿Cómo se llama, rojiza?

—Helen.

—Está bien, Helen. ¿Puedo pedirle un favor?

—Claro. Todos los que quiera —dijo ella abanicando las pestañas.

—Llámeme a las siete.

—¿Qué?

—Que me llame a las siete de la mañana —dijo Forester, y subió la escalera.

Una vez en su cuarto, se despojó de la chaqueta, del revólver y se tendió en la cama.

La verdad era que no tenía ganas de dormir.

No tenía la menor duda de que Hilda Lane había visto a su esposo. No le hizo falta estrechar a preguntas a la joven para saber el motivo de su silencio. Hilda se disponía a huir con su marido.

Randolph la había convencido de que lo mejor para ambos era escapar de allí cuanto antes.

Eso podía ocurrir aquella misma noche.

De acuerdo. Que huyesen.

No se podía atar a las personas ni meterles en la cabeza un poco de sentido común.

Por otra parte, debía admitir que la situación de Randolph Lane no era la mejor.

Se había convertido en un fugitivo de la justicia, un fugitivo que tenía sobre su cabeza una sentencia de muerte.

De una cosa estaba convencido: Hilda sentía un gran amor por su marido.

¿Y Letty? ¿Qué era lo que sentía Letty?

Jim Andrews había ido muy lejos, llegando hasta contratar a un asesino profesional para ser el único dueño de Letty.

¿Cuántas veces se había preguntado qué pasaría entre él y Letty si la encontraba otra vez en su camino?

Ese momento ya había llegado.

Otra vez ya estaban juntos.

Ella era la dueña de un *saloon* que le rendía buenos beneficios.

Se imaginaba con Letty diciéndole:

«Nena, voy a hacer la prueba otra vez contigo. Abandónalo todo y acompáñame».

Era ridículo.

Completamente absurdo.

Letty ya lo había olvidado, y si cinco años atrás no abandonó el *saloon* de Abilene, menos lo haría ahora.

Pero ¿por qué trataba de resucitar algo que estaba muerto?

En aquel momento llamaron a la puerta.

Se apoderó del revólver, que estaba sobre la mesilla de noche.

Puso los pies en el suelo.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy yo, señor Forester, Julie —oyó la voz de Hilda.

—¿Qué le pasa?

—Quiero hablar con usted.

—Ahora no.

—Es necesario…

Forester acudió junto a la puerta, hizo rodar la llave y abrió de un tirón.

—¿Está sola? —preguntó a Hilda al verla en el corredor.

—Sí.

—¿Qué le dijo a la pelirroja para que la dejase subir?

—Le di dos dólares.

—Está bien. Pase.

Forester cerró la puerta cuando la joven hubo entrado.

Vio que las mejillas de Hilda estaban enrojecidas.

—Hable.

—Usted acertó en lo de mi marido.

—¿Dónde está él?

—En una cabaña… A unas millas de la ciudad. Me está esperando desde hace unos días. Randolph sabía que yo vendría aquí. Pero sólo quiere una cosa: Huir.

—¿Y qué va a hacer usted?

Hilda se mordió el labio inferior.

—La cita es para mañana a medianoche. Iré con él si usted no ha arreglado las cosas.

—No debe hacer eso.

—Usted no lo comprende… Tengo que acompañarlo.

—¿Sabe cuál es la vida de un fugitivo?

Ella movió la cabeza sin pronunciar palabra alguna.

—No, no lo sabe —dijo Clem—. Usted y su esposo se convertirán en fieras acorraladas… No habrá un momento de descanso para ustedes… Siempre estarán pendientes de que los puedan sorprender. En cada persona verán un posible perseguidor. No se fiarán nunca de nadie… Vivirán aislados de la sociedad… En la noche, cualquier ruido los despertará. Ríos de sudor les bañarán el cuerpo esperando que de un momento a otro surja de la oscuridad un enemigo.

—¡Cállese!

—No me puedo callar, Hilda.

—Le he dicho antes que usted no lo comprendía. No puedo dejarle solo… Es mi esposo… Dónde él vaya, debo ir yo. Lo prometí cuando nos casamos… Y existe otra razón muy importante para que le siga… Usted sabe cuál es. Mi marido no asaltó el Banco, no mató a nadie Cometió otros delitos, pero ya pagó por ellos…

Forester había escuchado en silencio. ¿Por qué no confesaba que la señora Lane tenía razón? ¿Por qué estaba tratando de hacerle cambiar de idea cuando la señora Lane poseía una de las virtudes

más hermosas? La fidelidad.

Quizá fuese que le molestaba que un hombre como Randolph pudiese tener tanta suerte por haber encontrado a una mujer como aquélla.

El no había tenido suerte. No, él nunca conoció a una mujer de esa clase.

Y allí estaba Letty para probarlo.

Ella no renunció a lo que tenía para seguirlo a él. Prefirió romper, enterrar sus sentimientos…

—Lo siento, señor Forester.

Clem sonrió débilmente.

—No se preocupe, Hilda. Puede marcharse tranquila. La comprendí muy bien.

—Gracias.

—Pero hágalo como acordaron. Espere a mañana a la medianoche.

—Si, señor Forester.

—Buenas noches, Hilda.

—Buenas noches.

Forester abrió la puerta y Hilda salió de la habitación.

Oyó que sus pasos se perdían en la escalera y entonces cerró la puerta.

La visita de Hilda había terminado de desvelarlo. Se conocía bien. No pegaría ojo hasta la madrugada.

Encendió un cigarrillo y se sentó en el borde de la cama.

Había vuelto a dejar el revólver en la mesita de noche.

De repente se abrió la puerta.

Pegó un salto.

Su mano ya había atrapado el revólver cuando se volvió maldiciéndose por no haber cerrado la puerta con llave.

Pero su visitante no era ningún pistolero.

Era Letty Boyd.

# CAPÍTULO XI

—¿Puedo hablar contigo, Clem?

—Sí, claro.

Letty cerró la puerta y se quedó apoyada en ella.

—Quiero ayudarte. Forester.

—¿En qué?

—En tu investigación en el asalto al Banco Agrícola.

—Muy bien. Habla.

—Es respecto a un hombre llamado Fred Rickert.

—¿Quién es Fred Rickert?

—Un hombre, agente de Bienes Raíces… Ganó mucho dinero durante algunos años, pero una mujer lo arruinó.

—¿Qué pasa ahora con él?

—Hace un rato estuvo en el *saloon*. Le vi hablando con Nelson Bonney… Se metieron en un reservado. Nelson Bonney es un *gun-man.*

—Ya lo sé. Nelson y yo nos conocemos.

—Me extrañó que Fred Rickert se relacionase con Nelson y entré en el reservado de al lado. Escuché su conversación. Se refirieron a ti.

—¿Y qué es lo que dijeron de mí?

—No lo pude escuchar todo, pero tuve miedo.

—¿Miedo? ¿Por qué?

—Creí que Rickert contrataba a Nelson para que te matase.

—¿Fue eso lo que dijeron?

—Ya te he dicho que no lo sé. La pared es gruesa, pero escuché perfectamente tu nombre.

—Gracias por el aviso.

—Lo habría hecho igual por cualquier otra persona.

—Sí. Lo supongo. Pero háblame de Fred Rickert.

—Es un hombre con pocos amigos… Está tratando de levantar cabeza en su negocio, pero eso le resulta difícil porque está desprestigiado en la comunidad. Ya sabes cómo es la gente; no perdona con facilidad que un hombre se arruine por una mujer… Sienten compasión por él, pero no le ayudan. Eso ha hecho de Fred un resentido.

—¿Gastó mucho dinero últimamente?

—No lo sé.

—¿No juega en tu *saloon*?

—No.

Forester se acercó a la joven.

—Está bien, Letty. ¿No tienes otra cosa que decirme?

—No. Ya terminé… Me voy.

—Espera.

Ella lo miró interrogativamente.

—Quizá solucione mañana el asunto del asalto. Luego me iré.

—Te apuntarás otro éxito. Debes estar muy orgulloso.

—Fue mi último trabajo… No aceptaré otro, si logro salir con vida.

Ella parpadeó.

—Eres muy hábil con el revólver. Siempre lo has sido…

—Pero también a uno tiene que acompañarle la suerte, y quizá mi buena racha se haya acabado.

—¿Por qué había de ocurrir precisamente en Jefferson City?

—He visto cómo le ocurría a otros hombres. Cuando más seguros estaban de sí mismos, una bala acabó con ellos… Te quiero hacer una pregunta.

—¿Cuál?

—¿Vendrías conmigo?

—¿Adónde?

—Adonde sea.

Ella sonrió.

—La misma pregunta al cabo de cinco años.

—Sí, la misma pregunta.

Hubo una pausa entre los dos.

Se estaban mirando a los ojos.

—Me iré contigo, Clem, pero ha de ser esta noche.

—No, esta noche no.

—Esta noche o nunca.

—Entonces, va a ser nunca. Letty.

La joven apretó los dientes.

—Continúas siendo un maldito orgulloso.

—Continúas aferrada a tu dinero…

—Eso no es verdad. Te he dicho que estoy dispuesta a salir de Jefferson City, pero ha de ser al instante.

—Debo terminar lo que empecé.

—Sólo quiero que vivas, Forester.

—No se trata de mí, sino del trabajo que me comprometía hacer…

—Yo pagaré el dinero que dejes de cobrar.

—¿Crees de verdad que se trata de dinero?

—¿Qué entonces?

—Un inocente necesita ayuda. También cuenta su mujer. Lo ha sacrificado todo para demostrar la inocencia de su esposo.

—Ahora comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Me encontré con una mujer en el *hall*. Era bella, muy atractiva, imagino que es la mujer del fugitivo.

—Sí.

—Te hizo una visita a tu habitación.

—Borra de tu cabeza eso. Sólo vino a decirme algo relacionado con su marido.

Hubo una pausa.

—Tú no cederás, Forester.

—No puedo.

—Fue inútil esta conversación.

—Eso es cuenta tuya.

—No lo es; contamos los dos.

—Espera a mañana, Letty.

—Mañana será otra vez demasiado tarde.

—¿Cuál de los dos tiene orgullo?

—Será mejor que me vaya.

—Sí, será lo mejor.

—Entre tú y yo no puede haber nada… Buena suerte.

—Gracias.

La joven salió, cerrando la puerta a su espalda.

Esta vez, Forester pasó la llave.

¡Al diablo con todo!

Letty le había visitado, pero sólo para ocasionarle un dolor de cabeza.

Se puso a pasear por la habitación cuando, de pronto, llamaron otra vez a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó.

—Soy la dueña —era la voz de la pelirroja.

—¿Qué quiere?

—¿Espera alguna mujer más?

—NO. NO espero a ninguna.

—Era por repartir números.

—Muy graciosa.

—Disculpe, señor Forester…

Al bajar por la escalera, la pelirroja le dirigió una sonrisa de ironía.

—¿Durmió bien, señor Forester?

—No, No dormí bien.

—Lo comprendo.

—Es usted muy inteligente —dijo Forester, y le dio la llave.

Salió a la calle.

El aire fresco de la mañana le reconfortó. Apenas había dormido cuatro horas.

Fue al restaurante de al lado, el de un chino.

Se sentó a una mesa y pidió huevos con tocino y una taza de café.

Vio entrar al *sheriff* Bannon, el cual se dirigió a su mesa.

—Madrugó mucho, Forester.

—Es mi costumbre.

—¿Puedo sentarme?

—Sí, claro.

El *sheriff* ocupó una silla y también pidió huevos con tocino y café.

—¿Cómo va su trabajo, Forester?

—Está detenido.

—¿Por qué?

—Una pista es como una cuerda que de pronto se rompe.

—Entiendo. Ya la encontró cortada.

—Sí.

—Quizá yo le pueda servir de ayuda, Forester.

—Me temo que no puede.

—¿Por qué no? Soy el *sheriff* de esta ciudad.

—¿Y qué tiene que ver eso? Capturó a Randolph y no dudó en creerlo culpable.

—Es cierto. Pero las pruebas estaban en contra de él.

—¿Por qué no podía ser cierto lo que Randolph decía?

—¿Dónde estaba la carta de Sanderson? ¿Lo sabe usted?

Yo tampoco… Tenía los dos mil dólares del botín, y a ello se sumaba que Randolph Lane había sufrido varias condenas.

—Sí, *sheriff*. Todo eso es cierto. Pero debió imaginar que se trataba de una trampa que le habían tendido a Randolph Lane. Los salteadores decidieron que alguien tenía que pagar por ellos…

—¿Quiere decir que vigilaron a Randolph Lane, se pusieron al corriente de sus antecedentes y le mandaron la carta para atraerlo a Stoneville?

—Sí, *sheriff*.

—Resulta fácil decir eso cuando no se puede demostrar.

—Lo demostraré.

—¿De qué forma?

—Atrapando a los verdaderos culpables.

—¿Y cuándo hará eso?

—Cuando vuelva a coger el trozo de la cuerda.

—Así que tiene esperanzas de que eso ocurra pronto.

—Es posible.

Llegó el chino con el servicio y ya no hablaron más.

El *sheriff* sacó una bolsa de tabaco y encendieron cigarrillos mientras tomaban el café.

—Forester, quiero hablarle en serio.

—¿No lo hizo hasta ahora?

—No como *sheriff* de Jefferson City. Sólo como un amigo o un admirador de Clem Forester.

—Muy bien. Hable como *sheriff* de Jefferson City.

—Usted está infringiendo la ley.

—¿No cree que maté a Pete Temple en legítima defensa?

—No me refería a Pete Temple.

—¿Piensa acaso que asesiné a Vance?

—No. Tampoco.

—¿Qué es entonces, *sheriff*?

—Está ayudando a un fugitivo.

Forester dio una chupada al cigarrillo y dejó escapar el humo por los agujeros de la nariz.

—Hable claro, Bannon.

—Muy bien. Hablaré claro… Usted se llegó a Jefferson City diciendo que se ocuparía de esclarecer el asalto al Banco, que la única razón que tenía para ello era cobrar la recompensa del diez por ciento… No dijo la verdad.

—¿No?

—Trabaja para Randolph Lane.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Nadie. Fue cosa mía. Me molesta que usted me haya tomado por tonto, Forester.

—Voy a suponer por un momento que trabajo para Randolph Lane. ¿Qué pasa con eso? Puedo contratarme con la persona que yo quiera… Y usted lo sabe.

—Pero no puede ayudar a un fugitivo en su huida.

—No lo estoy ayudando en su huida.

—Es lo que usted dice, pero yo sólo me atengo a las pruebas. Dígame dónde está Randolph Lane.

—No sé dónde está.

—Tiene que saberlo porque tuvo que hablar con él.

—Nunca hablé con él.

—Entonces, ¿cómo pudo aceptar su caso sin que nadie le hablase?

—No he dicho que nadie me hablase.

El *sheriff* entornó los ojos.

—Entiendo, fue otra persona la que lo contrató en nombre de Randolph Lane.

—*Sheriff*, he cumplido hasta ahora todas las reglas del juego…

—¿Quién lo contrató?

—No lo voy a decir.

El *sheriff* rió.

—Bueno, no hace falta que lo diga. Ya lo sé.

—¿Sí?

—Randolph Lane es casado. Ha tenido que ser su esposa…

—*Sheriff*, a usted y a mí nos interesa que resplandezca la justicia.

—Claro.

—Entonces, deje el agua correr.

—No puedo dejarla correr porque soy el representante dela ley en Jefferson City. Randolph Lane debe ser detenido.

—No le puedo echar una mano para eso, *sheriff*.

—¡Oh, claro! Usted se debe a su cliente.

—Sí.

—¿Sabe que puedo detenerlo por esto, Forester?

—No, no puede. Usted no puede probar que mi cliente es Randolph Lane, ni que le estoy ayudando a escapar…

Los ojos del *sheriff* llamearon iracundos.

—¿Me está desafiando, Forester?

—¿Necesito recordarle que es usted quien ha provocado esta situación?

Bannon fue a replicar, pero se contuvo.

Miró su taza, y como todavía contenía un par de dedos de café, lo bebió de un trago.

Luego se levantó y dejó unas monedas en la mesa.

—Forester, quiero ser su amigo.

—Yo también.

—No lo ha demostrado. Me tomó por un muñeco…

—No, *sheriff*. No hice tal cosa.

—Ha creído que soy un *sheriff* pueblerino. Pero yo le voy a demostrar que se equivoca.

Inmediatamente. Bannon dio media vuelta y se alejó de la mesa.

Cuando se encontró en la calle, sonrió.

Con aquel diálogo sólo había pretendido una cosa: Poner nervioso a Forester. Eso era muy conveniente cuando un *gun-man* como Nelson Bonney lo estaba esperando en la calle.

Miró hacia la esquina más próxima y vio a Nelson apoyado en la pared.

Fred Rickert le había dicho que lo había contratado por doscientos dólares.

Nelson era un especialista del revólver, el tipo más rápido que

había conocido.

Era una suerte que Nelson hubiese llegado a la ciudad un par de días antes y que todavía continuara allí.

De una vez para siempre, terminaría con la vida del agente de la Pinckerton.

Ya habían pasado demasiadas cosas durante las últimas veinticuatro horas.

Con la muerte de Forester, todo quedaría arreglado.

Se alejó hacia la comisaría.

Sólo saldría cuando oyese los disparos y sería magnífico ver a Forester tendido en el suelo, listo para ocupar un ataúd.

Forester, después de marcharse el *sheriff*, aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero.

El desayuno había sido accidentado.

Su discusión con el *sheriff* formaba parte de su trabajo.

Se había pasado la vida discutiendo con los representantes de la ley, el comisario o el *sheriff* del pueblo en donde se dejaba caer. Casi siempre se mostraban celosos de los agentes de la Pinckerton.

Reaccionaban como si uno fuese a quitarles el pan.

Bien, había llegado ya el momento de hablar con Fred Rickert.

Dejó unas cuantas monedas para pagar el importe de lo que había comido y se encaminó hacia la puerta.

Salió a la calle.

Miró primero a la derecha y luego a la izquierda.

En seguida vio a Nelson Bonney.

Estaba en la más próxima esquina, apoyado en la pared.

No le dio la espalda, sino que caminó en la dirección en que el *gun-man* se encontraba.

Nelson Bonney era alto, de caderas escurridas. Su rostro parecía el de un niño, aunque ya había cumplido los treinta años. No tenía un solo pelo en la barba.

—El estupendo, el famoso detective de la Pinckerton —dijo el *gun-man.*

—Di que es una sorpresa para ti encontrarme en la calle Mayor de Jefferson City.

—¿No lo es, Forester?

—No.

—¿Y a qué se debe esa conclusión tuya, Forester?

—Es la mar de sencilla. Alguien te contrató para que le dieses al gatillo. Pero esta vez no necesito preguntar quién pagó el servicio porque lo sé. Se llama Fred Rickert.

El rostro de Bonney no perdió su sonrisa angelical.

—¿Cómo llegaste a saber tantas cosas? Y no me digas que fue un pajarito quien te lo contó al oído.

—No. Fue una mujer.

—No debo extrañarme. Siempre tuviste mucho éxito con las mujeres. ¿Te acuerdas de aquella morena de Silver City? Me refiero a la mexicana.

—Pina Sánchez.

—Sí, creo que ése era el nombre. Según me contaron ella te dijo que tres tipos te iban a liquidar, y eso te permitió freír a los tres estúpidos cuando se dejaron caer a tu habitación.

—Así fue.

—Pero ahora no estamos en ninguna habitación, sino en la calle. Y por fin conoceré la respuesta a una pregunta que me hice durante mucho tiempo.

—¿Cuál es la pregunta, Nelson?

—¿Cuál de los dos es más rápido?

—Muy bien. Sal de dudas ahora.

Nelson empezó a retroceder por la acera de tablones mientras hablaba:

—¿Seis pasos, Forester?

—De acuerdo.

—Ni uno más.

—Ni uno más, Nelson.

Forester dejó colgar los brazos.

Nelson había dado cuatro pasos.

Pero no cumplió su palabra.

Sacó cuando dio el quinto.

Pensó que su truco daría resultado.

Forester saltó lejos de la pared y ya su revólver vomitaba plomo.

Cuando Nelson apretaba el gatillo tenía un proyectil en el pecho y otro en el cuello.

Su bala se enterró en uno de los tablones, a sus pies.

Estaba herido de muerte.

Miró a Forester con los ojos agrandados.

Quiso decir algo, pero la sangre le ahogaba en la garganta y cayó definitivamente de bruces.

## CAPÍTULO XII

El *sheriff* Bannon oyó los estampidos.

Bien, aquel asunto había acabado.

Nadie se ocuparía más del asalto al Banco Agrícola en Jefferson City.

Todavía no había sido descubierto el cadáver de Jesse en el pozo. Su otro ayudante, Clay Corders, llegaría aquel día procedente de Los Ángeles, donde lo había enviado para arreglar las cuentas a un mestizo ladrón de corrales. Cuando llegase Clay, el iría al pozo y simularía una gran emoción cuando el cubo tropezase con el cuerpo hinchado de Jesse Gruber.

Pero ahora tenía que salir a la calle, como correspondía a un *sheriff* después de haber oído un tiroteo.

Sacó el revólver de la funda y echó a correr…

Al llegar al porche se detuvo y miró a la derecha, como si no supiese que los tiros habían venido de la izquierda.

—Fue allá arriba, *sheriff* —le dijo el barbero Jordán, que estaba a la puerta de su establecimiento—. Dos hombres se han baleado.

El *sheriff* miró en la dirección buena.

Se envaró al momento.

Un frío glacial le recorrió la médula.

Había un hombre tendido en la acera, y otro estaba de pie, junto a él.

El que yacía en los tablones era Nelson Bonney, el *gun-man.*

Forester estaba soplando el cañón de su revólver.

El *sheriff* echó a andar. No se dio mucha prisa porque quería recuperar la serenidad.

—¿Qué pasó esta vez, Forester?

Clem miró a los ojos del *sheriff*.

No podía decirle lo que sabía, quién había pagado a Bonney, el agente de Bienes Raíces, Fred Rickert.

—Otro que quiso acabar conmigo —respondió—. Se lo había prometido a sí mismo.

—De modo que se conocían.

—Sí, nos conocíamos desde hace algunos años.

El *sheriff* Bannon celebró aquello en su fuero interno. De buena gana hubiese dado un suspiro de alivio.

—Forester, no me gusta eso de que haya resuelto aquí una cuestión puramente personal.

—Cuidado, *sheriff*. Nelson me obligó a resolverla. Me dijo que retrocedería seis pasos y sacaría. ¿Qué podía hacer yo? ¿Quizá pedir socorro a papá y mamá?

—No es momento para chistes.

—No, *sheriff*, creo que no lo es.

Un viejo se acercó.

—Eh, *sheriff*, yo lo vi.

—¿Qué es lo que viste, Isaías?

—Me refiero al duelo. El *gun-man* tiró antes del revólver. Además, oí parte del diálogo. El *gun-man* comprometió al forastero…

—Nadie pidió tu ayuda. Isaías.

—No, *sheriff*, claro que no. Pero usted lo ha dicho muchas veces. Un ciudadano ha de servir a la justicia, y yo he querido ser esta vez un buen ciudadano.

—Lárgate ya.

Forester sonrió al viejo.

—Gracias. Isaías.

—No hay de qué, muchacho… Creo que el *gun-man* se llevó la respuesta que estaba buscando. Lástima que no se diese cuenta de que usted le ganó en el saque.

—Se dio cuenta, Isaías.

—Pero se murió en seguida.

—Para saber cosas como ésas, bastan fracciones de segundo.

—¡Isaías! —rugió el *sheriff*.

El viejo se alejó de allí inmediatamente.

—Forester —dijo Bannon—, usted es un peligro público y a mí me corresponde cuidar del orden en esta ciudad. Se lo digo por última vez; no vuelva a crearme quebraderos de cabeza.

—Haré todo lo posible.

Forester dio media vuelta y echó a andar.

Instintivamente miró arriba, a la fachada del *saloon* La Mujer de Oro.

Vio en una de las ventanas a Letty Boyd. Se cubría con un peinador.

La saludó llevando la mano al ala del sombrero.

Ella no hizo ningún gesto.

El viejo que había testimoniado en favor de Forester entró en el *saloon* y Forester entró también.

—Hola, Isaías. ¿Acepta un *whisky*?

—¡Oh, sí, claro señor Forester…!

El patilludo Rick sirvió los *whiskys*.

—Isaías —dijo Forester después que hubieran bebido un trago—, me gustaría hablar con el señor Rickert. ¿Dónde le podría encontrar?

—Tiene su oficina en el número 22 de esa calle. Casualmente, él duerme allí. No tiene pérdida. Lo encontrará. Antiguamente el señor Rickert tenía una gran casa, pero cuando se arruinó, tuvo que venderla. Se la compró el alcalde.

Forester le dio las gracias por la información. Pagó los *whiskys* y volvió a la calle.

Poco después llegaba ante el número 22. Era una casa con dos pisos. En la puerta había un cartel en el que se leía: «Fred Rickert, Agente de Bienes Raíces. Oficinas en el piso, puerta segunda».

Clem subió por una empinada escalera.

Hizo girar el tirador de la puerta número dos y abrió sin dificultad.

Vio a un hombre que se estaba afeitando ante un espejo que colgaba de la pared.

—Hola.

Fred Rickert dio tal respingo que se hizo un corte en la mejilla.

—¡Maldita sea! ¿Por qué me ha asustado?

La sangre fluyó, mezclándose con el jabón.

—Mire lo que ha hecho.

—Quizá le conviniese degollarse, Rickert.

—¿Quién es usted?

—¿Necesito decirle quién soy?

—Claro que lo necesita. Yo no conozco a todo el mundo. ¿O va a decir que pisó alguna vez mi oficina?

Fred Rickert perdía muy pocas veces la serenidad. Ni siquiera la perdió cuando su rubia Polly lo dejó para irse con aquel *gun-man*. Lo tomó con filosofía y se dijo que si Polly lo había arruinado, fue culpa sólo de él.

Por eso tuvo aquella maravillosa idea de asaltar el Banco Agrícola. Pero el asalto a un Banco era perseguido por las autoridades. Era lo malo del negocio. Dándole vueltas al asunto, un día dio con la solución. ¿Por qué si las autoridades perseguían un asalto, no ponerse de acuerdo con las autoridades?

Todo salió redondo porque el *sheriff* Bannon era un hombre ambicioso y resentido.

Claro que, al desarrollar el plan, habían surgido una serie de incidentes muy desagradables.

¿Por qué el cajero tuvo que tomar el revólver? ¿Por qué la señorita Nancy tuvo que salir corriendo hacia la calle?

Pero, sobre todo, ¿por qué un maldito detective de la Pinckerton, había llegado a Jefferson City para meter sus malditas narices en aquella olla?

Y ahora lo tenía allí, frente a él.

Había visto desde la ventana el duelo entablado entre Bonney y Forester y deseó que el *gun-man* se cociese durante siglos en el infierno por haber fallado de aquella forma tan lamentable.

Pero estaba seguro de que Nelson Bonney no había hablado nada, por lo menos después de recibir las balas.

De modo que no debía preocuparse. Si Forester estaba allí, debía ser por otra cosa. ¿O estaría equivocado?

—Soy Clem Forester.

—Tanto gusto. ¿Qué puedo hacer por usted? ¿Quiere comprar

una casa o un solar?

—Quiero sacarle dos palmos de lengua, Rickert.

—No le entiendo.

—Retorciéndole el pescuezo.

—Sus formas son muy desagradables, señor Forester. ¿O se trata de una broma?

—Otras personas me han tomado por un bromista. Pero lo soy muy pocas veces. Los que me conocen saben que me gusta la seriedad.

—Entonces, ¿quiere explicarme por qué me amenaza?

—Pagó a Nelson Bonney para que me matase.

—¿De qué está hablando?

—Usted está relacionado con el asalto al Banco Agrícola.

—Eso es una calumnia.

—Quiero ser benévolo con usted, Rickert. Le daré un plazo para que escupa todo lo que lleva dentro.

—Le repito que es como si me hablase en chino.

—Rickert, no se olvide; el plazo expirará a las cinco de la tarde. A esa hora vendré otra vez por aquí. Quiero que me lo explique todo, desde el principio al fin… También quiero los nombres de sus cómplices…

—Lo siento, señor Forester, pero se equivocó de dirección.

—Si a las cinco no está dispuesto a contarme la historia de su vida, será mejor que se encargue el ataúd.

—¡No puede amenazarme! ¡Lo denunciaré al *sheriff*!

—Eso no le va a salvar.

—Ya lo veremos…

Forester se adelantó hacia Rickert y éste retrocedió hacia la pared.

Tenía la navaja barbera en la mano.

—No se acerque o lo degüello, señor Forester.

—Tenga cuidado, no vaya a ser usted quien se rebane la nuez.

—Deténgase.

Forester se paró muy cerca del agente de Bienes Raíces.

—Escuche esto, Rickert. Podría atraparlo, arrancarle la navaja y hacérsela tragar como si fuese un faquir, pero no me interesa todavía que muera de una indigestión. Vine a Jefferson City para solucionar el caso del asalto, y es lo único que me interesa. Si es

usted la mitad de listo de lo que pretende ser, aprovechará la oportunidad que le ofrezco. Hasta las cinco de la tarde, señor Rickert.

Forester dio media vuelta y salió de la oficina.

Rickert pareció una estatua durante un largo minuto.

Al fin reaccionó. Abrió la mano y la navaja barbera le cayó a los pies.

¡Maldito fuese aquel tipo! Nunca en su vida había pasado más miedo.

Forester tenía unos nervios de acero y seguro que hubiese llevado a cabo su amenaza de hacerle tragar la navaja.

Eso le hizo recordar que estaba medio afeitado.

Tomó la navaja del suelo y se acercó al espejo.

Levantó la mano para rasurarse, pero desistió al ver que temblaba mucho.

De repente, se dio cuenta de un detalle.

Había llegado el momento de que el *sheriff* Bannon se ocupase personalmente de Forester. Todos habían fracasado, incluido él mismo, Fred.

Pero Bannon era el representante de la ley, el *sheriff* del condado, y debía tener una solución.

Se tranquilizó y ya pudo continuar su afeitado.

## CAPÍTULO XIII

Bannon escuchó el relato de Fred Rickert, mientras tamborileaba con los dedos sobre la mesa.

—Debes estar satisfecho, ¿eh, Fred?

—No, no lo estoy.

—¡Maldita sea, claro que no lo estás! Te ocupas de una cosa y fallas… Tengo que resolverlo todo… Había que eliminar a Vance y lo hice yo… Había que darle un descanso a Jesse y ahí lo tienes en el pozo tragando agua…

—Yo corrí con la parte más difícil.

—Y lo has estropeado viniendo aquí.

—Sé por qué lo dices. Crees que Forester me siguió. Pero vigilé bien mis pasos. Además, como ciudadano que soy de Jefferson City puedo venir a visitar a mi *sheriff*… Habría corrido un riesgo si hubiese entrado por la parte trasera utilizando la llave que me diste. Entonces. Forester, de estar vigilándome, podría haber sumado dos y dos para llegar al resultado que él busca.

—Ya basta de palabrería.

El de la placa se puso en pie y paseó a grandes pasos por la estancia.

—¡Qué cosas me pasan a mí…! Por una vez en mi vida que hago sociedad con tres tipos para pegar un golpe, y resulta que son tres inútiles… Si las cosas se pudiesen hacer dos veces, te aseguro que no volvería a ocurrir.

—No es momento para recriminaciones, Bannon.

—Oigan al sabio en su consejo diario… Anda, di lo que hay que hacer…

—He pensado que sería mejor que tú lo decidieses…

—Gracias, eres muy amable. Pero este asunto está totalmente

podrido… Sí, Rickert, lleno de gusanos, maloliente, fétido…

En aquel momento llamaron a la puerta.

Fred Rickert dio un respingo.

—Puede ser él.

—No te alarmes, ésta es mi oficina… Y si Forester busca pelea, la va a tener.

—Adelante —dijo.

Pero el hombre que entró allí no era Forester, sino un joven rubio que mostraba una estrella en el pecho.

—Buenos días, *sheriff* Bannon. ¿Se acuerda de mí?

—No, creo que no…

—Hablamos una vez, hace unos siete meses, en Lake Spring, aunque realmente el peso de la conversación la llevó mi jefe, el comisario Ben White. Soy su ayudante. Frank Spackman.

—¡Oh, sí…! Creo que me va algo por la cabeza. ¿Qué puedo hacer por usted, Spackman?

—Usted por mí, nada. Pero creo que yo puedo hacer mucho por ustedes dos.

Aquellas palabras dejaron a los dos cómplices del asalto de muestra.

—Repita eso, Spackman —rompió el silencio Bannon.

—Con mucho gusto. Creo que yo puedo sacarlos del atolladero.

—¿A qué atolladero se refiere?

—Vamos, vamos, *sheriff*, no sea chiquillo. Estoy al tanto de todo… Fue un bonito plan eso de asaltar el Banco de Jefferson City, que usted debía defender. Todo le habría salido bien, de no ser por la intervención de ese detective de la Agencia Pinckerton.

El *sheriff* Bannon sacó el revólver como una centella.

—Spackman, si sabe alguna oración, recítela sin respirar porque le quedan cinco segundos de vida.

Spackman se echó a reír.

—No sea truculento, *sheriff*. Ustedes dos me necesitan porque sólo yo les voy a permitir que disfruten del dinero que sacaron del Banco.

—¡No dispares, Bannon! —exclamó Rickert—. Debe estar diciendo la verdad. Si no, ¿cómo iba a estar enterado de nuestro negocio?

—Yo te lo diré, Fred. Puede estar en combinación con el agente

de la Pinckerton.

—No, Bannon, no lo estoy —contestó Spackman.

—¿Qué va a decir usted?

—Odio a Clem Forester más que lo pueda odiar usted.

—¿Y por qué le odia?

—Mi comisario, el señor White, me lo ha estado poniendo como ejemplo lo menos cuatro veces al día desde que juré el cargo de ayudante… Menos mal que Forester nunca vino por allí. Pero se rompió la buena suerte cuando se le ocurrió dejarse caer por Lake Spring para saludar a su viejo maestro, el comisario. Fue entonces cuando me di cuenta de que, si me fuese permitido llenar de plomo a un individuo, lo haría muy gustoso con Clem Forester.

—Está bien, le admitiré eso. Pero todavía no ha dicho cómo se enteró de lo nuestro.

—Por Vance Geen.

—¿Cómo?

—Vance Mac Geen. Y no me digan que no lo conocen. Fue su cómplice en el asalto. Pasó por Spring Lake. Éramos amigos y nos pusimos a beber. Tuvimos una fiesta por todo lo alto, con chicas monas, ya saben… Vance atrapó una gran borrachera. Cuando las chicas se habían ido, se puso a hablar. ¿No se imaginan el resto?

Bannon endureció el rostro.

—De modo que Vance le soltó el carrete.

—Todo. Pero debo decir que yo le pinché un poco cuando empezó a contarme el asunto. Lo encontré muy interesante y no quise perderme ningún episodio del folletín.

—¿Por qué hasta ahora no se dejó ver, Spackman?

—Estaba esperando mi oportunidad.

—¿Y cree que ya llegó?

—No la elegí yo. Cuando Forester pasó por Lake Spring, supe que se iba a encargar del asunto, y entonces me dije que yo debía estar aquí o Forester sería capaz de arruinarlos.

—Es justo lo que está ocurriendo. ¿Forester le dijo a usted que se iba a encargar de resolver el asalto?

—No, él no me dijo una sola palabra. Ya veo que están ustedes en la oscuridad. La mujer de Randolph Lane contrató a Clem Forester en Lake Spring.

El *sheriff* Bannon se pasó una mano por la cara.

—¿Dónde está la señora Lane?
—Aquí, trabajando en un *saloon* de mala muerte.
—¿Y Randolph Lane?
—No debe andar muy lejos.
Fred Rickert se dejó caer en una silla.
—Cielos, todo esto lo organizó Forester contra nosotros… Es un auténtico complot.
Bannon apretó el revólver.
—¡No le va a servir de nada! ¡Le pegaré un tiro en cuanto lo vea!
—¿Usted?, ¡*sheriff*! —dijo Spackman con ironía—. No se lo aconsejo. Forester es capaz de cargárselo escupiendo una bala por el dedo índice.
—No creo en leyendas.
—De todas formas, yo no correría un riesgo, pudiendo arreglar las cosas de otra forma.
—¿Se le ha ocurrido algo?
—Sí.
—¿Qué cosa, Spackman?
—Un plan muy hermoso.
—Estoy harto de planes. A Rickert se le ocurrieron unos cuantos y todos fallaron.
—El mío no fallará.
—¿Por qué está tan seguro, ayudantes?
—Porque lo he estudiado bien y no tiene el más pequeño agujero.
—Está bien, no haga más la propaganda y hable de una vez.
—No puedo hablar hasta que lleguemos al acuerdo financiero.
En la estancia se hizo un silencio.
Bannon y Rickert se miraron.
Al fin Bannon dirigió sus ojos otra vez hacia el ayudante del comisario de Lake Spring y dijo:
—Le pagaremos quinientos dólares.
Spackman rió otra vez.
—¿Cree que soy un mendigo que vino aquí por una limosna?
—No sea ambicioso, muchacho.
—Ustedes lograron veintiocho mil dólares.
—Éramos cuatro y hubo gastos.

—No hace falta que me digan qué partes hicieron con el botín… Ustedes me van a pagar cinco mil.

—Está chiflado.

—Ya son seis mil… Y será mejor que no discuta conmigo o seguiré subiendo. De mí depende que todo salga bien y puedan dormir a pierna suelta… Si los dejo solos, se hunden.

Rickert asintió frenético.

—Bannon dile que estamos de acuerdo con los seis mil.

El *sheriff* de Jefferson City miró el revólver, estuvo unos instantes pensativo y finalmente, enfundó el arma.

—Usted gana, Spackman. Tendrá los seis mil. Hable ya del plan.

# CAPÍTULO XIV

Randolph Lane oyó una cabalgada.

Corrió hacia el rincón donde había dejado la pistola, bajo la vieja manta.

Atrapó el arma y se acercó a la ventana que estaba sin cristales.

La persona que se acercaba no venía por allí.

¿Sería algún viajero que cruzaba por aquel lugar, o era alguien que venía en su busca? Quizá el *sheriff* de Jefferson City había organizado una batida.

El jinete se había detenido cerca de la cabaña.

Randolph ya estaba sudando.

Miró el revólver porque recordó que no lo había examinado desde hacía un par de días. ¿Y si el revólver fallaba cuando apretase el gatillo?

Oyó pasos.

Ya no dudó de que su visitante sabía que él, Randolph, estaba allí.

Pero le iba a ajustar las cuentas. Moriría matando.

Lo había prometido muchas veces. No consentiría que le pusieran la cuerda de cáñamo. No había asaltado el Banco, no había matado a nadie.

—Randolph —oyó una voz.

Era Hilda.

Salió de la cabaña.

Ella se arrojó en sus brazos y él la besó con fuerza en la boca.

La joven echó la cabeza atrás.

—Randolph, ¿qué te pasa? Recibí el mensaje del indio… Me asusté mucho. Creí que estabas enfermo…

El agrandó los ojos.

—¿Qué dices, Hilda? ¡Yo no te he enviado ningún mensaje! He estado todo el tiempo aquí solo…

—¿Qué significa esto?

—Es una trampa.

Randolph se apartó de su mujer con el revólver en la mano, pero sólo dio dos pasos porque entonces le llegó una voz por detrás.

—Lane, deje caer ese revólver o lo aso ahora mismo.

Randolph fue a moverse, pero Hilda le gritó:

—¡No, Randolph! ¡Obedece!

—¿Quién es, Hilda?

—El *sheriff* de Jefferson City. Pero no está solo. Lo acompañan dos hombres.

Bannon habló otra vez.

—Le he dicho que tire ese revólver.

Randolph Lane abrió la mano y el revólver cayó al suelo.

Hilda corrió hacia Bannon.

—*Sheriff*, mi marido no es culpable.

—Apártese, señora Lane…

Detrás de Bannon se encontraban Fred Rickert y Frank Spackman, el ayudante del comisario de Lake Spring.

Randolph Lane dio la vuelta lentamente hasta enfrentarse con el hombre que lo había capturado.

—Lo felicito, *sheriff*. Se le ocurrió una buena celada.

Hilda exclamó:

—*Sheriff*, tiene que escuchar a mi esposo…

—No te canses. Hilda —dijo Randolph—. No servirá para nada.

—Entonces, me escuchará a mí…

—Diga, señora Lane —repuso Bannon.

—Fueron otros los salteadores…

—¡No me diga…!

—Quiero decir que mi marido no formaba parte de la pandilla.

—¡Oh, sí, claro! El es muy honrado…

—*Sheriff*, hay un hombre en Jefferson City que está a punto de descubrir la verdad. Se llama Clem Forester, y ha sido detective de la Agencia Pinckerton.

Bannon estuvo a punto de soltar una carcajada.

Forester también iba a dejar de ser un peligro.

Spackman intervino:

—Todo salió como yo le dije, Bannon.

—Sí, no falló.

—Ande, Rickert, deme el dinero —dijo Spackman.

Rickert miró a Bannon y éste asintió.

—Sí, Fred, dáselo. Pero yo le daré antes un adelanto. Spackman arrugó el entrecejo.

Pero no tuvo tiempo para preguntar el significado de aquellas palabras.

Bannon volvió rápidamente el revólver y le hizo un disparo.

Spackman recibió la bala en el estómago y cayó de rodillas en el suelo.

Hilda dio un chillido.

Spackman hizo una mueca de dolor.

—Bannon, ¿por qué ha hecho esto?

—Seis mil dólares es mucho dinero.

—Yo los saqué del apuro…

—Es posible, pero sólo lo hizo por su interés. Y no me gustaba la idea de dejarlo vivo, sabiendo usted todo lo que sabe…

—¡Maldito sea, *sheriff*!

Bannon puso en camino otra bala.

Spackman la recibió en la boca y cayó hacia atrás.

Hilda no gritó ahora porque estaba demasiado sombrada. —Randolph, ellos asaltaron el Banco…— murmuró.

—Sí, nena… El flamante *sheriff*, el representante de la ley y tres amigos.

Bannon observó alternativamente a los esposos Lane.

—Debieron conformarse… Usted, señora Lane, es muy hermosa. Podía haber encontrado otro hombre mejor que Randolph… El solo es carne de presidio.

Hilda le escupió a la cara.

Bannon se limpió el salivazo con la manga y rió.

—Es muy impulsiva, señora Lane.

—Ande, llévenos a la cárcel.

—No sea ingenua, muñeca… No hay sitio para ustedes dos en la cárcel.

—¿Qué va a hacer?

Randolph intervino:

—La respuesta es muy fácil, Hilda… Nos va a matar.

Los ojos de Hilda brillaron.

—¿Y cómo lo va a explicar todo, *sheriff*?

—Eso será lo más sencillo. Su marido es un fugitivo…

Spackman vino tras de él… Se presentó aquí y se encontró con la sorpresa de verlos a ustedes dos juntos… Spackman hizo fuego y la mató a usted, señora Lane. Entonces se organizó un duelo entre Spackman y su marido… Los dos se mataron a balazos… Naturalmente, el último disparo lo hizo Randolph reventando la cabeza del magnífico ayudante de comisario.

—Me da usted asco —dijo Hilda.

—Es una pena… Si hubiese sido usted más comprensiva, estoy seguro de que habríamos pasado ratos muy divertidos.

—¡Canalla! —gritó Randolph.

Hilda señaló al *sheriff* con el brazo extendido.

—¡No se saldrá con la suya!

—¿Usted cree?

—Forester le ajustará las cuentas.

—Le falta saber algo a ese respecto, señora Lane. El mismo indio que le llevó el mensaje a usted, a estas horas le está dando otro a Forester.

—¿Qué clase de mensaje?

—Supuestamente se lo envía usted, señora Lane… Ruego al señor Forester que acuda a esta cabaña… ¿Se imagina el resto?

—Forester no caerá en la trampa como caí yo.

—Claro que lo hará… Le tiene a usted mucho aprecio. Por eso se encargó del caso de su marido… Rickert y yo esperaremos al distinguido ex agente de la Pinckerton, y le daremos la bienvenida por su brillante actuación en Jefferson City.

—Estoy segura de que recibirá el castigo que merece, Bannon. No se pueden hacer las cosas que usted ha hecho sin que lo reciba…

—Siento no poder seguir escuchándola, señora Lane, pero ha llegado el gran momento, y ya sabe a lo que me refiero… ¿Se quieren dar un beso?

Randolph tomó la mano de su mujer y dijo:

—No hace falta, *sheriff*… Ya nos besamos antes.

—Hubiese sido un toque muy romántico. Pero, en fin, si ustedes no quieren besarse, es cuenta suya… Yo cumpliré con mi parte.

—Ande, continúe asesinando, *sheriff* —gritó Hilda.

—No me lo tomen en cuenta, muchachos. La vida es así.

De pronto, se oyó la voz de Clem Forester.

—No dispare, Bannon…

El *sheriff* giró muy rápido para hacer fuego sobre Forester.

Sonaron dos estampidos.

El *sheriff* Bannon se estremeció. Disparó, pero ya no era dueño de sus actos y la bala pasó lejos de Forester.

Clem hizo fuego otra vez sobre el *sheriff*.

Bannon se tambaleó unos pasos, pero finalmente cayó en tierra y quedó con los brazos y las piernas en cruz.

Fred Rickert estaba pálido como un muerto.

Vio que Forester le apuntaba con el revólver y gritó:

—¡No me mate, señor Forester!

—Eso va a ser cuenta suya —dijo Forester con voz seca.

—¡Confesaré! ¡También devolveré el dinero…! ¡Sé dónde guardaba el *sheriff* su parte…!

* * *

El matrimonio Lane se estaba despidiendo de Forester.

Iban a tomar la diligencia.

—Gracias por todo lo que hizo por nosotros, señor Forester —dijo Hilda—. Nunca lo olvidaremos.

—Me gustó ayudarles.

Hilda abrió el bolso y sacó un fajo de billetes.

—Aquí tiene los cuatrocientos dólares que faltaban.

—No los quiero.

—¡Oh, no, señor Forester…! Tiene que cobrar los quinientos estipulados.

—Le voy a decir algo, señora Lane. No acepté su caso por ganar dinero, sino porque era usted la mujer de un fugitivo. Y ya cobré la recompensa del Banco.

Hilda se puso de puntillas y besó a Forester en la cara.

Luego, los esposos Lane se introdujeron en la diligencia.

El auriga hizo restallar su látigo sobre los caballos y éstos se pusieron en movimiento.

Forester se quedó en el mismo sitio, hasta que el carruaje se perdió a lo lejos de la calle Mayor.

Entonces echó a andar y poco después se introducía en el local

La Mujer de Oro.

—Eh, Rick, un *whisky*, pero que no sea del aguado.

—Seguro, señor Forester.

Clem bebió un sorbo del *whisky*. Era del bueno.

Oyó una voz a su espalda.

—¿Ya terminaste, Forester?

Clem dio media vuelta y vio delante de él a Letty Boyd.

—Sí, nena. El asunto acabó.

—¿Cuándo te marchas?

—Mi tren sale dentro de una hora. Vuelvo a Lake Spring para contarle a Ben White lo que ocurrió con su ayudante Spackman. Luego, desde allí, iniciaré el viaje a California.

—¿Comprarás un rancho?

—Sí.

—Es una bonita idea.

—La mejor para mí.

—¿Hay sitio para otra persona, Forester?

—¡Oh, sí, claro! Contrataré a gente.

—Me refería al puesto de cocinera.

Hubo una pausa.

Forester miró profundamente a los ojos de Letty.

—¿Es para ti, Letty?

—Sí. Voy a dejar todo esto.

—¿Cuándo?

—Acabo de traspasar el negocio a Jim Andrews. Nada me retiene aquí… Bueno, quiero decir que hasta hice el equipaje. Lo más imprescindible. Ya me enviarán el resto a mi nueva dirección.

Clem dio un paso hacia ella.

—¿Estás segura de lo que haces, Letty?

—Sí; Clem. Esta vez sí, te lo juro. Dicen que una debe atrapar la felicidad si llega a pasar dos veces por nuestro lado y falló la primera.

Clem enlazó a Letty por el talle.

Ella le echó los brazos al cuello.

Sus bocas se unieron en un beso.

Se oyó un taponazo.

Rick acababa de abrir una botella de champaña para escanciara en dos altas copas.

Pero el ruido del tapón no separó a Clem y a Letty.

Entonces, Rick hizo una señal a Isaías, que estaba a la derecha.

Cada uno tomó una copa, la entrechocaron y el viejo Isaías, gritó:

—¡Vivan los novios!

FIN